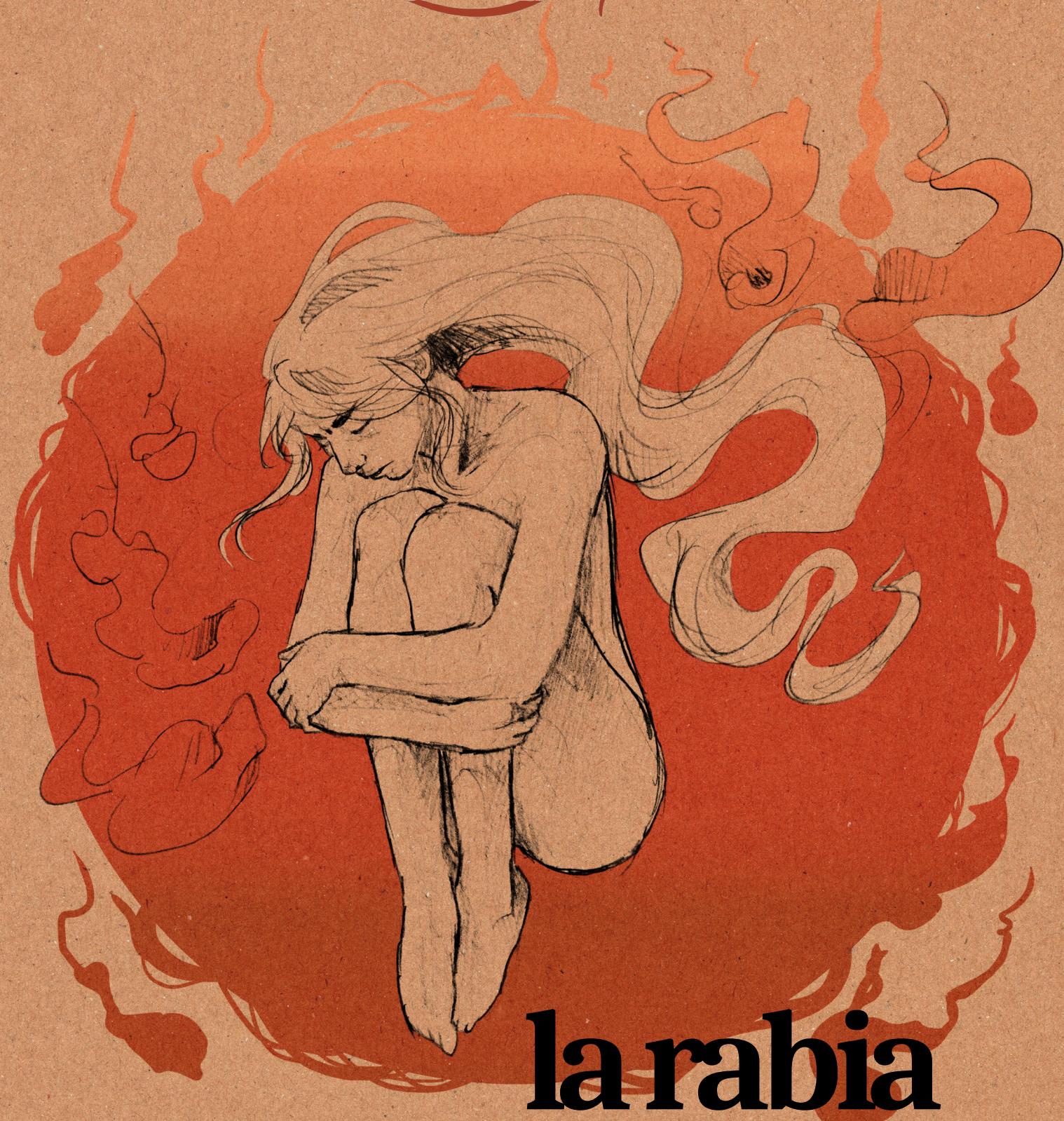


aguaviva
revista literaria

invierno
8 2025



la rabia

traducciones,
creaciones,
artículos,
reseñas.

aguaviva

revista literaria

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

Ana Marante González
Andrea Sánchez Villamandos
María Gómez García
Sophia Hidalgo Hernández

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Lisa Giambra
Instagram: @giam.1

EDITA

María Gómez García en Tacoronte

PARTICIPAN

Ainoha Cruz Gómez, Alicia Esther Rodríguez González, Ana Marante González, Andrea Sánchez Villamandos, Christian Jiménez Kanahuaty, Daniela Perera, Filippo Canapei, Iruene Ayur, Itahisa Manso Hernández, Jesús González Yumar, margo García, Mariano Re, Pedro M. García, Sara Dait Suárez, Teresa Pulido Mañes, Yarelis López Pérez.

© Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores y autoras. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores y autoras.

© 2025, Revista Literaria Aguaviva. Todos los derechos reservados.

ISSN: 3045-6924

DOI: próximamente



Sumario

Nota preliminar

María Gómez García	5
--------------------------	---

Creaciones

<i>IIL/PPLP-0037</i> , Ainoha Cruz Gómez	6
<i>Dalias azules bajo la luna</i> , Alicia Esther Rodríguez González.....	10
<i>Un milagro aquí al ladito nuestro</i> , Ana Marante González	16
<i>Fiebre de ciudad</i> , Christian Jiménez Kanahuaty	21
<i>Lo que hacemos las mujeres</i> , Daniela Perera	27
<i>Autofagia</i> , Iruene Ayur	29
<i>El duelo de la memoria</i> , Itahisa Manso Hernández	30
margo garcía	34
Mariano Re	36
<i>Ser o no ser</i> , Pedro M. García	42
<i>Invierno</i> , Sara Dait Suárez	44
<i>La espera</i> , Teresa Pulido Mañes	47
<i>La Rabia de abandono de Sileray</i> , Yarelis López Pérez	49

Traducciones

<i>IIL/PPLP-0037</i> , Filippo Canapei.....	51
<i>Do Not Go Gentle into That Good Night</i> , Dylan Thomas / <i>A esa noche buena entra sin rastro de dulzura</i> , Jesús González Yumar	55



Artículos

- ¿Es lo bello incompatible con la politización del arte? Una lectura a través de Arthur C. Danto*, Andrea Sánchez Villamandos 59



Nota preliminar

caminé hacia el silencio y la vi
la rabia
crecía como mil gargantas
le pertenecía a todes nosotros
por ella luchamos por la rabia
en una época en la que el blanco es el color oficial
en una época en la que las mujeres dicen que no son feministas
en una época en la que las niñas de ocho años se hacen el *skin care*
no se usan los flecos
ni el maquillaje colorido
ni la música punk
en una época en la que el dinero define quién eres
en una época en la que se levantan fronteras entre los países
en una época en la que se celebran bodas con misiles como fuegos artificiales
la rabia hace más falta que nunca

Con este número, queremos honrar al sentimiento que nos hace alzarnos y actuar ante lo injusto. También queremos dedicarlo a los niños que ya no están por culpa del genocidio en Palestina, Sudán, el Congo y tantos otros lugares a lo largo de la historia.

María Gómez García,
Tacoronte, diciembre de 2025.



Creaciones

11L/PPLP-0037,
Ainoha Cruz Gómez
(creación)¹

fuego

fuego

iniciativa legislativa popular:

niñas que te miran fijo a los ojos

luz de la eternidad

fragua de la hambruna

a la orilla del barranco

piedras

chocan en los escudos

maleficios maldeojos

fuegos eternos en las bocas de los recién nacidos

tú

ves la herida

y me culpas:

iniciativa legislativa

de niñas que no tienen el 20% de ahorros

para pedir una hipoteca

¹ En "traducciones" se encuentra una traducción de este poema al italiano realizada por Filippo Canapei.



bravo bravo ole
toquen las palmas
enciendan las velas
larga vida al ideólogo al asesor al *lobby*
ole
la primera luz del día le dedico

y el sonido del viento que se arrastra entre las flores silvestres
larga vida y que
dios le bendiga
pero *sorry*
no me aceptan en la asesoría del propietario
porque
el precio del alquiler no debe superar el 30% de los ingresos del inquilino

fuego
fuego
luz de antorchas
fósforo blanco
y cuerpos calcinados
te dedico

je suis désolé
pero
en el fondo de tus entrañas
me culpas
ves la herida



y aprietas hacia la concavidad de las generaciones
en los barrancos y los molinos, los barcos, las huertas
lo siento

he rezado y sacrificado a mis hijos
y la respuesta es una llaga
y la piedad frustración
sueldo mínimo interprofesional
incertidumbre del propietario
notificación de desahucio

mañana

al alba

propongo

fuego y
barricadas
emboscadas y
restos muertos en los paseos marítimos y
observadores internacionales
que concluyan que cometimos crímenes de guerra
secuestros en masas
llantos de madres
y gritos de pardelas
en cada noche del calendario



porque no hay tramitación parlamentaria
que me mire a los ojos y cure esta herida

lo siento

mañana al alba

propongo:

no conocer el perdón



Dalias azules bajo la luna,

Alicia Esther Rodríguez González

(creación)

Al otro lado del aparato, confundido y agitado, Beltrán farfullaba:

— Inspector, en los jardines de la Ermita de La Cruz, otra mujer con la dalia azul.

— ¡Joder, Beltrán! ¡Qué pesadilla! Estoy ahí en cinco minutos. No quiero prensa.

La llamada del subinspector me había desconcertado. En tres meses, dos chicas habían sido asesinadas. El mismo *modus operandi*, escenarios similares: los jardines de las ermitas más relevantes de la ciudad.

Eran las cuatro menos diez de la madrugada y no había dormido apenas. La resaca de la noche anterior se apoderaba de todo mi cuerpo. Me estallaba la cabeza y en la boca, aún persistía el sabor pastoso y metálico producto de los efectos nocivos del alcohol. Bajé al salón, allí permanecían intactas las huellas de la velada: vasos de whisky en la mesita de madera de fresno, copas encima del mueble bar, restos de canapés en la bandeja roja de Guzzini, un par de botellas vacías y multitud de colillas en el cenicero. En el sofá, el bolso *Bon Bon* de Mara. No entendí por qué se había enfadado tanto. Cuando desapareció el último invitado, pude percibir en su mirada su cólera, su enojo, su furia... La rabia contenida durante toda la celebración. Quizá, ella esperaba la sorpresa de última hora, la ansiada escapada a la casita de la playa. Fui un estúpido. No debí dejarla marchar. ¿Cómo habría pagado al taxista? En cierto modo, la entendí, aunque no quería reconocerlo. Hacía mucho tiempo que no hacíamos planes juntos, siempre estaba liado con el trabajo y, por una vez que ella me había pedido disfrutar de unos días alejados de la ciudad, se me ocurrió organizar su fiesta de cumpleaños.

— Me voy a casa de mi madre —dijo muy enfadada.

Entré en la cocina con la garganta reseca y tomé un vaso de agua. Pensé en ella, lucía preciosa con el vestido negro de crepé y los pendientes de zafiro y diamantes que le había regalado. No debí permitir que se marchara. Fui un inconsciente.

En siete minutos había llegado al lugar de la tragedia. Distinguí con rapidez dos coches patrulla y el camión de la basura que mantenía las luces encendidas. En la acera, dos operarios hablaban con el subinspector Beltrán. Aparqué el vehículo, caminé deprisa y me identifiqué.



— Bajo el sauce llorón, inspector. La hallaron en decúbito ventral, la dalia azul sobre su espalda.

Beltrán me explicó que los dos operarios la habían encontrado.

— Los miembros de la Judicial y el forense han llegado dos minutos antes que usted —concluyó el subinspector.

— Sí, lo sé. He estado en contacto durante el trayecto.

De pronto, llamó mi atención una zona donde los árboles extendían sus ramas hacia el exterior y decidí bordear el recinto. Una de las farolas de la esquina permanecía sin luz y parte del jardín se intuía en penumbra, solo se atisbaban las sombras de la densa vegetación bajo una gibosa luna creciente. Sentí el crujir de una rama rota bajo mis botas y continué con sigilo. Solo se oía el estridular de las cigarras. A escasos metros, oculto en la negrura, descubrí que alguien había cortado parte de la alambrada trasera que daba a la calle y había dejado al descubierto un generoso hueco. Desenfundé mi Glock 43X de la pistolera que llevaba en el hombro derecho y entré por él. Era una zona cubierta por una abundante maraña de arbustos. Alumbré con el móvil y observé unas huellas profundas en la tierra y un reguero de dalias azules. Continué andando con cautela, aquel laberinto intransitable se había convertido en un riachuelo de sangre que conducía al pie del sauce llorón.

Allí estaba, vestida de negro, con el cráneo destrozado. En el lóbulo de su oreja pude distinguir el pendiente de zafiro y diamantes que reposaba.

Un bramido desgarrador atravesó mi garganta y quebró el silencio de la madrugada. Me desplomé con el alma rota, aniquilada, devastada... sobre el cuerpo inerte de Mara.

Inmediatamente, una fuerza descomunal me sujetaba y me arrastraba a través del vasto jardín.

— Saquen al inspector Miranda de aquí, rápido.

En ese instante, el comisario Velasco se hacía cargo de la situación.

En los meses siguientes, mi universo se había vuelto plomizo, confuso, incierto. La única motivación que me unía a la vida era la esperanza de cazar a ese hijo de puta, a ese malnacido que había acabado con la existencia de Mara. Mi rabia clamaba venganza.

La culpa, el miedo, la exasperación me perseguían a diario. Comencé a beber sin control, sin medida, sin pausa. Llegué a no distinguir las noches de los días. Mi existencia se había detenido bajo aquel sauce llorón.



Unas semanas después de la tragedia, Beltrán me visitó.

— No puedes seguir así, tú no. Eres el mejor. Haremos lo imposible por coger a ese cabrón. No puedes rendirte.

Aquellas palabras directas eran el antídoto que necesitaba para atenuar el dolor, el desconsuelo que sentía mi espíritu.

— Se han visionado las cámaras desde tu casa hasta la Ermita de la Cruz —informó el subinspector.

— ¿Y?

— Tenemos una pista, un todoterreno. El mismo que captan las cámaras en la calle trasera del jardín y el mismo que teníamos localizado en los crímenes anteriores. Han ocultado la matrícula con pegatinas, pero se están analizado las huellas de los neumáticos. Hay una investigación rigurosa sobre los propietarios de ese modelo. Qué te voy a contar. Estamos en ello.

Beltrán me explicó que estudiaban todas las conexiones con los asesinatos anteriores. Se seguían investigando floristerías, ferreterías, talleres mecánicos, viveros...

El día siguiente a la visita de Beltrán, un impulso sobrenatural me guio hasta la Comisaría San Rafael. Quería conocer de primera mano todo lo relacionado con la muerte de Mara.

— Miranda, te mantendremos informado. Nosotros nos encargamos del caso. Sabes que estás fuera de la investigación.

El comisario Velasco me recomendó que descansara y que no abandonara el seguimiento psicológico.

— No necesito tratamientos, necesito coger a ese malnacido.

Había elevado la voz sin darme cuenta.

— Cálmate. Nosotros lo meteremos entre rejas. Te lo prometo. Ahora, vete a casa.

No quise asumir las palabras del comisario. Decidí indagar por mi cuenta, averiguar qué había sucedido.

¿Qué conexiones habría entre las ermitas, los jardines, los vestidos negros de las víctimas, los golpes en el cráneo, las dalias azules, el todoterreno...? Me estallaba la cabeza. Un enigma. Un enigma que estaba dispuesto a resolver.



La pantalla del portátil aparecía repleta de fotografías. Eliminé las de iglesias, basílicas, catedrales, abadías... Me centré en las ermitas y, entre ellas, en las construcciones rodeadas de jardín. No encontré nada anómalo, nada que me pudiese dar una pista.

Al día siguiente, visité los lugares donde habían aparecido los cadáveres, distantes unos de otros. En común, el sauce llorón.

Amplié el círculo en el mapa, me centré en los pueblos y aldeas aledañas a la ciudad. Las visité todas.

En una semana, había descubierto en las afueras dos ermitas acompañadas de un sauce llorón en su entrada.

— Necesita mucha agua.

Un octogenario se acercó a mi espalda.

— Me ha asustado.

— Veo que le ha llamado la atención el sauce. Me gusta cuidarlo. El jardinero nuevo no le presta mucha atención, dice que ya es muy viejo.

— Sí, me gustan las plantas. ¿Cuántos años puede tener?

— Sesenta, por lo menos. El jardín era una belleza cuando yo me encargaba, estaba cargadito de flores.

— ¿Y qué ha pasado con ellas?

— Se murieron todas después del asesinato de la muchacha, hace como cincuenta años. Después del suceso, nadie quería venir aquí. Se secaron. El sauce permanece porque me daba pena y yo lo he ido regando todos estos años. Ahora el Ayuntamiento ha decidido rehabilitar la zona y ha contratado a un nuevo operario.

— ¿Un jardinero?

— Sí, claro.

— ¿Qué le ocurrió a la muchacha?

— Yo era muy joven, no recuerdo bien. Era una buena chica, frecuentaba la ermita todos los días. Dicen que su esposo tenía celos del párroco que venía a dar la misa. Una noche, unos muchachos la encontraron tirada bajo el sauce. Le habían dado con una pala en la cabeza y se ve que la arrastraron hasta aquí. Me dio mucha lástima, pobrecita. Las dalias que tenía plantadas en aquella orilla las arrancaron y se las tiraron encima.



Mi cuerpo no pudo soportar aquel relato estremecedor. Me desplomé sobre la tierra mojada.

— ¡Señor, señor! ¿Qué le ocurre?

El anciano se acercó al sauce y trajo una botella de agua. Le di un sorbo. Después, ayudó a que me incorporara y caminamos en dirección a la ermita. Empujó la puerta y pude acomodarme en uno de los bancos.

— Llamaré a un médico.

— Estoy bien. Gracias.

— Venga, vamos a mi casa hasta que se recupere.

— No quiero molestar.

— Vivo solo. No molesta, hombre.

El anciano me ofreció una infusión y me contó que el marido de la joven asesinada se había pegado un tiro.

— No sé nada más de esta historia.

Mi cabeza no podía más que dar vueltas al relato que me había contado el anciano e, inmediatamente, llamé a Beltrán. Le envié la ubicación exacta y, en menos de una hora, ya estaba allí.

— Yo me haré cargo. No quiero que te vayas a meter en líos. Sabes que estás fuera de la investigación.

— Lo sé. Por eso te he llamado.

— Ataremos el cabo que queda suelto y cogeremos a ese cabrón. Tiene que haber una relación que desconocemos. Seguro que el anciano sabe algo más que no te ha dicho.

Beltrán accionó el contacto de su vehículo y puso rumbo a la ciudad. Yo decidí quedarme en la aldea.

Al día siguiente, volví a la ermita y me encontré con el anciano. Cortaba las hojas de unos rosales que habían plantado en el exterior.

— Buenos días.

— Señor, pensé que se había marchado. ¿Se encuentra mejor hoy?

— Sí, gracias. Me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Qué ocurrió con el párroco que acudía a la ermita?

— ¿Qué más da? Hace ya muchos años de esa historia, pero si tiene curiosidad le diré que falleció hace unos años.

— ¿Sabe usted si la muchacha que mataron tenía hijos, familia?

— Sí, un crío. De unos cinco o siete años. Pobrecillo. Las autoridades se lo llevaron de aquí. No sé si lo dieron en adopción. No sé qué habrá sido de él.

El cerco se estrecha. El niño puede ser la pieza que le falta a mi puzzle. Seguro que es él.

Beltrán continuó con la investigación bajo las directrices de sus superiores. El procedimiento se centraba ahora en averiguar el paradero del niño y su posible vinculación con los hechos.

El asesino había regresado, ya no era un crío, era un hombre con un rostro inexplorado, con una identidad desconocida. Otro nombre, otros apellidos, pero con el mismo terror que experimentó la noche que asesinaron a María. La culpó por dejarlo solo, huérfano, herido. En su mente, retumbaba aún la voz de su padre: “eres mala, eres ruin. Debes morir”.

El hombre, con rabia, levantó la pala y la incrustó en el cráneo de la muchacha. El impacto resonó como un cataclismo que cambió la existencia de su hijo. A continuación, en medio de la noche, arrastró su cuerpo inerte hacia la ermita, bajo el sauce llorón. En su furia, arrancó todas las dalias del jardín y las esparció sobre el cadáver de María, que cayó dócil, con su vestido negro, en la tierra dura.

El niño solo pudo observar que llovían dalias. Le parecieron azules bajo el efecto de la luz de la luna.



Un milagro aquí al ladito nuestro,

Ana Marante González

(creación)

Sus orificios aleteaban como los cuerpos de los gusanos que morían ahogados todos los veranos en la piscina del campamento. Sus narices me recordaban a esos cuerpos que reptan, se ensucian y se embarran en lo grisáceo del mundo. No eran mariposas. Y, con todo y sin embargo, en los veranos de mi infancia, esos orificios nasales respiraban mi miedo y mi sudor. Con todo y sin embargo, a ojos del mundo, ellas eran mariposas, y yo, en cambio, un gusanito diminuto y escachado, escarbando en la pena; copiaba los pasos de los ratones para tapar mis restos y trataba de flotar en la piscina, a esperas de que algún alma caritativa se arriesgara a salvarme. Yo era todos esos animalillos que necesitan de los demás para sobrevivir. Ellas, en cambio, me olfateaban con las ansias de los depredadores, que no necesitan de la esperanza para saber que van a ganar y, aun así, se impacientan.

Desde los ocho hasta los trece años, fui al mismo campamento de verano. Todos los agostos me quedaba durante tres semanas en una casa de Arona con otras veinte niñas más. Mis padres trabajaban y el campamento de verano había sido su forma de garantizar que yo estaría cuidadita, protegidita y feliz hasta que empezara el cole. Yo no quería truncar sus sueños y, además, sabía que no tenían con quién dejarme, así que desde los ocho hasta los trece años fingí que estaba de acuerdo con esa decisión, que tenía muchísimas amigas de distintas parte de la isla, que era la más popular, que Andrea me había prestado su Barbie en el primer campamento y que Irene me había enseñado a maquillarme en el verano de los once. Era un retiro religioso solo para niñas, gestionado por las hermanitas Puri, Juana y Soledad, y las rutinas eran siempre las mismas. Por las mañanas, rezábamos antes de meternos en la piscina: un padrenuestro, un dios tesalvemaría y un, dos, tres, al agua patos. Luego, por las tardes, jugábamos a la actividad que hubiera preparado Puri.

Las actividades de por la tarde eran muy variadas, pero todas coincidían en una exacerbada promoción de la competitividad. Jugábamos al alerta, al fútbol, al brilé y al baloncesto. Como a mí se me daban muy mal los deportes, las demás niñas siempre acababan gritándome todo tipo de insultos. Nadie quería estar en mi equipo, así que las capitanas, que solían ser Yurena y Susana, nunca me elegían. Al final, tenían que echar a suertes quien se quedaba con la patosa, el moco pegado, la carga, o sea: yo. En definitiva, todo era una mierda en los putos campamentos de verano, pero cuando empezaba a sentir que mis propias lágrimas me daban indigestión, me refugiaba en el jardín con Soledad.



Soledad era la monja más vieja del campamento y, como la sabiduría y el cuidado van de la mano, ella era la encargada de podar las rosas. También, nos curaba las heridas y cocinaba unas croquetas riquísimas. En aquellos años, esa señora setentona fue mi mejor amiga. Todavía hoy en día, le llevo florecitas y croquetas a su tumba. La cuido y leuento mi vida después del campamento. Porque sí, contra todo pronóstico, y aunque en esos días me parecía imposible que existiera otro mundo más allá de esa casa de Arona, u otras personas, más allá de Susana y Yurena, hubo vida después del verano de mis trece. Ahora en agosto, hay gente que me elige y me quiere. Estoy bien, a pesar de lo que ocurrió la última semana de mi último campamento de verano. En realidad, si lo pienso, lo que pasó ese año se debió en grandísima medida a mi amistad con Sole.

Aquel último verano, las niñas habían adoptado la costumbre de contar historias de miedo por las noches. Yurena y Susana habían decidido que yo fuera la protagonista de las mismas: fui niña bruja, niña ogro, niña fantasma, niña ahogada, niña ensangrentada, niña piojosa y niña zombi, nunca niña a secas. Específicamente, les gustó mucho la historia de la niña zombi y, por eso, se dedicaron a contarla en mil versiones distintas. Al principio, mi piel era verde y ya está. Bueno, bonito, barato y para toda la familia. Sin embargo, en la última versión, me salía pus de los ojos, tenía llagas en los labios y agujeros negros en los mofletes. Olía a pescado podrido y pis seco. Concretamente (Yuri y Susi no escatimaban en detalles), yo, la niña zombi, olía a las meadas secas del baño del sótano de la casa, el aseo abandonado en el que un año Sofía había encontrado un cadáver de paloma. La noche antes de la excursión anual al convento de Santa Catalina de Siena, las veinte niñas a secas me sacaron de la cama, me cargaron escalera abajo y me encerraron en ese baño. Ellas eran las escritoras de mi vida.

A la mañana siguiente, Soledad me encontró congelada, pálida, oliendo a pescado podrido y pis seco. Mientras me duchaba, escuché a mi amiga, que nunca levantaba la voz, gritando a todas mis compañeras. Les echó una bronca gigantesca, les dijo algo así como que Dios estaba enfadado con ellas y las castigó sin excusión. Ellas se quedaron con Puri y Juana limpiando el comedor. Yo acabé sola con una monja en una guagua, camino a La Laguna para visitar el convento. Durante el camino, Sole me explicó, como hacía cada verano, la historia de María de Jesús de León y Delgado. Se entusiasmaba mucho con este tema, tanto que le brillaban los ojos al hablar; sus pupilas grises casi rozaban la blancura de su hábito. Así me decía: totalmente incorrupta, mi niña, un milagro aquí al ladito nuestro, se murió en el siglo XVIII, pero ahí está, con la piel naranjita, como si la sangre le estuviera bailando todavía por todo el cuerpo.

Las visitas que hacíamos a la Siervita con el campamento eran privadas porque sor Juana había sido monja de clausura en el convento de Santa Catalina, así que las hermanas



nos hacían el favor de enseñarnos el cadáver. Ahora que lo pienso, lo que ocurrió ese día tampoco habría sido posible sin los contactos de sor Juana. Cuando llegamos al monasterio, la hermana Magdalena nos guio hasta el ataúd de La Siervita. Después de cuatro ave marías, Sole se fue a cotillear con Magdalena en su celda y yo me quedé a solas con la incorrupta. Recuerdo que me puse a pensar en que La Siervita me hacía pensar más en ciervos que en sirvientas. Le dije, entonces, que sus ojos emanaban el espíritu de lo animal, no el de la servidumbre. Empecé a hablar con ella por aburrimiento. Los chismes entre Sole y Magdalena podían durar horas, así que me senté en una silla enfrente de María de Jesús y le conté la historia de mi vida. A esa edad mi vida eran los campamentos, así que me puse a criticar a Yurena y Susana. No dije ninguna palabrota porque tenía miedo de que mi nueva amiga se chivara a Dios. Ni de zorras ni de gilipollas, solamente las califiqué de tontas.

Llegado un punto, mi monólogo frente a la monja se tornó lúgubre. El viento había apagado las velas que la rodeaban y las dos teníamos la piel erizada, casi de gallina a punto de morir: con el miedo en los poros. Le susurré que me habían encerrado la noche anterior en el baño y que empezaba a creerme sus cuentos. Miré a la monja y percibí un leve temblor en sus dedos: sus uñas parecían mecerse con la brisa. Con la mano derecha me pellizqué una rodilla y la noté como si estuviera hecha de musgo. Me acaricié la cara y la sentí hecha del corcho en el que mi abuela clavaba sus plantas: pensé que las uñas de La Siervita serían las flores perfectas para convertir mi cara en un jardín. Mientras su cuerpo continuaba con un sutil temblor, la garganta se me llenaba de arena. Deseé convertirme en un árbol bajo el que los gatos pudieran jugar a cazar lagartos, en una margarita capaz de crecer en un vaso de yogur o en una violeta para volar más alto que el Teide. Sin embargo, cuando Sole entró corriendo, alarmada por mi tos, yo continuaba siendo la misma niña rara de siempre.

En el camino de vuelta, no le conté a Sole que había visto cómo La Siervita movía los dedos. Me preocupaba parecerle una mentirosa o que, en el mejor de los casos, me cogiera envidia por haber presenciado un milagro. Además, cabía la enorme posibilidad de que hubieran sido imaginaciones mías. Al fin y al cabo, apenas había dormido la noche anterior; mi mente no estaba en su mejor estado de lucidez. Cuando llegamos al campamento, yo estaba muy asustada. Sabía que las demás me culparían de su castigo y que los siguientes días de campamento me harían cosas todavía peores. Después de despedirme de Sole, entré en el barracón donde dormíamos y me metí sigilosa en la cama. Las demás estaban contando historias junto a la cama de Lucía, así que decidieron ignorarme, lo que fue una gran suerte.



No sé a qué hora fue, pero el cielo continuaba estando oscuro cuando me desperté con un hambre horrible. Sentía, literalmente, un hueco en el estómago y un ansia gigantesca de llenarlo. Hasta ese momento, la curiosidad siempre me había parecido una sensación mental. Esa noche, en cambio, mi barriga era una idea a punto de explotar. Me levanté de la cama y encendí la linterna. A mi alrededor, mis compañeras dormían plácidamente, acurrucadas en sus sábanas rosas, abrazadas a los peluchitos estos de ojos grandes que estaban tan de moda aquel año. Empecé a caminar lentamente por el pasillo, digo lentamente porque las piernas me pesaban muchísimo. Las tenía tan dormidas que mis muslos me recordaban la textura que imaginaba para las arenas movedizas. Quería llegar hasta la cocina para prepararme un sándwich con lo que fuera. No podíamos pulular por la casa de noche, pero necesitaba comer. Tenía una angustia en el estómago superior a cualquiera que hubiera experimentado antes.

Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta del barracón y, con ello, el principio del pasillo que conectaba con la casa, escuché risas y susurros detrás de mí. Susana y Yurena se habían levantado y me alumbraban con su linterna. Entonces, una de ellas dijo: Ahí va la niña zombi, buscando ratones muertos para comer. Lo que pasa con la rabia es que estalla sin avisar. Por eso es tan problemática. La tristeza es progresiva, va de menos a más. El amor, también. La alegría, no lo sé, tendría que pensarlo. La ira, en cambio, funciona del revés, nace en su punto más álgido. Cuando me giré, ellas gritaron tanto que despertaron a las demás. Encendí las luces y miré mi cuerpo, entonces entendí el milagro de La Siervita; no me había convertido en una violetita del Teide, sino en una muerta viviente. Comprendí que me había cedido sus poderes: mi apariencia era la de un cadáver. Mi piel parecía la corteza de un árbol que se cae a cachos. Me asusté de mí misma, pero tenía tanta hambre que no podía ni pensar. Y estaba tan enfadada. Tranqué la puerta con una silla y empecé a perseguir a las otras niñas. Era lenta, pero ellas tenían tanto miedo, que apenas reaccionaban. Se encogieron en la esquina más lejana del barracón, acurrucadas, y empezaron a llorar desconsoladamente.

Tenía poco tiempo para comer, antes de que los sollozos despertaran a las monjas. Susana estaba más cerca que los sándwiches de jamón y queso que Sole guardaba en la nevera, así que ella era la mejor opción. Me acerqué lentamente y mi enemiga se mostró ante mis ojos, por primera vez, como un ratón chiquitito y asustado. Yo jamás, hasta ese momento, había conocido la sensación de superioridad. Nunca había mirado a alguien desde arriba. Estaba a punto de comérmela, tan cerca que mi boca salivaba sobre su pelo rubio. De repente, supe qué era ser la depredadora que se abalanza sobre su presa. Y no me gustó. Se me desmoronó el odio ante sus ojitos asustados. Paré en seco y me eché



a llorar. Me caí al suelo a centímetros de ellas. El hambre y la ira se me esfumaron tan rápido como habían llegado.

Me encantaría decir que entonces las otras niñas me acogieron en el pegote sudoroso que habían montado en la esquina, que nos hicimos amigas y que todo fue bonito, pero no es así. Al verme indefensa, me dejaron sola y salieron corriendo en busca de Soledad, Puri y Juana, desesperadas por contarles lo ocurrido. Sin embargo, cuando las monjas llegaron al barracón, yo era, otra vez, una niña a secas. No me di cuenta de cuando cambió mi cuerpo porque estaba demasiado agobiada pensando que había estado a punto de devorar a Susi. Esa noche las adultas convencieron a las niñas de que había sido un sueño, una pesadilla colectiva. Como cuando pasas mucho tiempo con una amiga y te empieza a venir la regla al mismo tiempo. Hicieron manzanilla para todas, incluso para mí.

Cuando nos fuimos a dormir otra vez, Sole se acercó a mi cama. Yo estaba pálida y en estado de shock, pero entonces ella me dio un abrazo y me susurró: ahora sabes que los ratones duermen con la conciencia más tranquila que los gatos.

Fiebre de ciudad, Christian Jiménez Kanahuaty (creación)

Te despierto. Es verdad. Es otro día más. Y de verdad que estás cansado. No comiste en toda la semana y ayer sentiste tu cuerpo flotar y creíste que estabas alucinando. Pero era tu madre desde el intercomunicador. Te decía lo mismo de siempre. Comida en la portería y que la recogieras pronto. Los hombres podrían servirse lo que quisieran de ella y dejarte sin nada como la otra vez. Pero no tuviste ganas de bajar. Ahora ya es otra sensación la que te inunda el cuerpo. Estás ansioso y te metes en la ducha y sale un agua marrón y apesta el lugar y te sientes peor. Es así ahora. Todos los servicios colapsaron y no quieres más. Quieres huir de la ciudad. Irte lejos. No volver más. Pero no puedes. Tuviste la gran idea de pedir un préstamo, pensando que el nuevo Gobierno sí solucionaría todas las cosas que estaban mal. Y como todos los demás, te equivocaste. Apostaste todos los huevos a un solo caballo. Ahora toca recomenzar el camino y volver a mostrar tu cara. Dar pena es cuestión de método y de principios. No puedes solo quebrarte la cabeza. No puedes simplemente incendiar el departamento. Ni siquiera mutilarte. No. No puedes. Es imposible. No te da al carácter, no tienes el valor. Así que te vistes con la ropa que crees que es conveniente y sales a la calle. Es otro día más en una ciudad que fue en otro tiempo el granero y el vergel inmaculado que cientos pintaron y exaltaron. Hoy es sólo roca sobre roca, adoquín sobre adoquín y cristal más cristal. No tiene alma. Y te lanzas a vomitar. Te recuperas pronto y ésa sí que es una novedad. Entonces, de nuevo, te pones a caminar.

No deseo tu cuerpo
no deseo tu vientre
ni tu abrazo de calor
mucho menos tu comprensión.
Lo que deseo es tu dinero
tu contemplación,
toda tu atención.
No estoy aquí para complacer



estoy para que me cuiden,
para que me digan que valgo la pena
y que me den premios y viajes.

Ya no quiero esta calle
ni esta casa
ni esta comida de cartón
no quiero el derecho ni la oportunidad
quiero tu cara en el cristal
tu cuerpo en el hospital
que agonices
y murmures por más
porque también a ti te tocó
esperar de más
y es hora de levantarse y
romperlo todo.

No hay más que escupir y gritar.
Pero lo tenemos que hacer.

Esa es la declaración de principios. Así resuena una primera mirada al manifiesto que creaste mientras esperabas que abrieran el banco. Lo escribiste de un tirón. En la aplicación de *word* de tu teléfono. Ahora eres atendido y llaman al supervisor y miras a tu al rededor. Todos tienen la misma cara. Preocupados. Ansiosos. Con miedo. Con las cuentas congeladas. Pero esto no se detendrá. Es sólo el inicio.

Así que prosigues



Quiero tu mente
tu vibrador
tu consolador
quiero todo lo que tengas.

No me digas que no.
No eres nadie
ni más fuerte que yo.

Y ahora, te interrumpen. Te piden que no uses el teléfono. Está prohibido. Miras a los ojos de la persona que te acaba de hablar y quieres romperle la cara. Destrozarle la nariz. No importa. No lo haces, ya le llegará el turno por otras manos. Es sólo cuestión de tiempo. Mientras afuera la marcha sigue. Continúan los pedidos para destituir al presidente. Pero no acabará ahí. Tú lo sabes. Leíste los libros de historia, conversaste con tu padre y viste las noticias. Tienes un criterio formado.

Así que te escribes mentalmente para no olvidar:

Quiero tu vida
tu amor
tu desolación,
lo quiero todo,
comprendes...
no quiero tu silencio
quiero tus puños en el vientre el militar
tu pancarta puesta en la puerta del banco
tus muletas golpeando a los pobres
quiero eso y que arden edificios y automóviles
hay que destrozar el capital.



Y sí no escuchas las palabras de tu oficial de crédito es porque no quieres saber cuánto debes. Ni cuántos días tienes para que te arrebaten todo. Esto es insostenible. Sólo el sudor de tu espalda dice cuánto es tu miedo, tu frustración. Trabajar décadas para esto. Por supuesto que así no deberían ser las cosas. Ésa no es vida para nadie. Y las caras siguen. La vista baja y la firma temblorosa sobre los documentos y los sellos y las fotocopias y todo el ruido de las máquinas. Y las luces de neón. Todo tan blanco y podrido por dentro. Esto es una adivinanza infantil.

Nadie podrá decirte cómo es que ocurrió todo. Pero estás metido en el vértigo de la nueva vida y estás mirando el rincón más oscuro del alma humana. La falta de dinero.

Quiero verte sonreír,
morderte los labios
hurgar en tu interior
y romper tus costillas y
no ayunar nunca más.

Pero no puedo
porque estoy solo
nadie se une a mi rebelión.

Querían una revelación,
pero no pueden con tanta información,
ahora todo se hizo trizas,
volaron los valores al espacio
y las ciudades se irán hacia
el polvo una vez más.



Pero miras y ya estás afuera, tienes dos meses para liquidar cuentas o quedarás en la calle. Al final saliste ganando, otros en tu situación solo lograron tres semanas. El país se hace eco de tu miedo y por dentro se aniquila.

No hay manifestos ni reuniones que valgan la pena. Este mundo está completamente sucio y nadie lo podrá limpiar. Tiene que volver a nacer para que algo pueda suceder. Lo demás es miseria y el viejo cuento juvenil de la libertad se redujo a elegir el banco que vendrá por ti. La única elección real es qué tipo de muerte abrazarás.

Así que mira a los ojos
mira las montañas
escucha los ríos
escupe sobre las rocas
y huye de los bosques,
que todo arderá
hoy y mañana
será la misma y triste canción,
ahora la conocen y
pronto un coro de pobres almas
repetirá la letanía
y no hay muertos
que no hayan peleado como tú
y no hay fantasmas que no sean los fantasmas
del amor y la soledad.
Pero nada de eso importa
es mejor golpear
romper
escapar
maldecir



y cortarse la piel.

Y así como el día se abrió alguna vez. Ahora cae la noche como telón en una obra de teatro que pudo salir mal. Pero deja a todos en silencio. Apretados en sus asientos. Respirando entrecortados. Miran a su al rededor y el rostro que ven les devuelve más de lo mismo. La misma angustia, la soledad. El miedo y el terror, la espalda mojada y el pulso detenido. Sí. Fue otro día más en la ciudad. Y seguro vendrán más.



Lo que hacemos las mujeres,

Daniela Perera

(creación)

Por las tardes me gusta masticar chicle durante horas, mirando por la ventana. Pierna izquierda sobre pierna derecha, una mano encima de la otra. Sosegada. Hago burbujas y las dejo explotar. Luego arranco lo pegado con mis uñas puntiagudas: el chicle... y algunos trozos de labio también. Me lo meto todo en la boca otra vez y sigo masticando: piel muerta, chicle de fresa y sangre.

Siempre expulso un pequeño suspiro antes de levantarme. Dramático y conmovedor, al menos para mí. Me apoyo en los muslos para coger impulso. Solo me levanto para ir a acostarme. La cama está a dos pasos del sillón, aunque es una distancia molesta. Me recuesto lentamente. Me trago el chicle. Abro las piernas.

Me despierta un sonido efervescente, como si pequeñas fibras se estuvieran rompiendo. Son mis oídos, que estallan y burbujean de tanto bruxar, de tanto mascar chicle hasta que está baboso, de redirigir mis ganas de morderte y despelajarte hacia mi propio desgaste. *Oh, boca mía, lengua de cascabel*, cuánto tienes que callar. Mi inútil boca sabe a jabón: suelta espuma todo el rato, pero al menos está limpia.

De nuevo acomodada, me meto los dedos en el cabello y empiezo a rascar. Al principio despacio. Luego más rápido. Y más. Hasta que la carne se resbala y salen los recuerdos profundos. Pero nunca encuentro el tuyo. Se esconde bien. Ojalá la sangre que llora por mi frente se los llevara. Pero siempre decide ir a visitar mi boca. Y sabe a rabia.

Me odias, lo sé. Odias que haya sido más graciosa que tú, más lista, más guapa, más amada, más deseada. Más *tú* de lo que tú misma llegaste a ser. Más *yo* de lo que deseabas monstruosamente convertirte.

Y “qué rabia, qué rabia, qué rabia...”, exclamas en tu cama por la noche, rascándote otras partes del cuerpo con la misma furia, haciéndolas sangrar con la misma intensidad que yo, saboreando todo lo que sale, extasiada. Nos posee una rabia más letal que la que tenga cualquier perra.

Pero tanto tú como yo nos conformamos con poco, con saborear, con mojar el dedo en esa corriente roja, pasarlo por los labios y darles unos toquecitos a nuestras mejillas con el carmín sobrante. Luego, sonreírle al espejo. Quizá hasta darle un beso. Rabiosas y dulces, sonrojadas ante nuestros arrebatos. *¡Pero qué tontas somos!*



Y luego lloramos de risa, dejando que el llanto caiga como un río rosa por el pecho, salado y férreo.

Es lo que hacemos las mujeres, ¿no? Rabiar y rabiar. Pero suave. Pero bonito. Hasta cierto punto. O te llaman loca. ¡Bruja!

No podemos pegarle a una pared, ni a ellos, ni entre nosotras. Víctima de toda mi ira (la que me ha causado mi madre, mi primera amiga, volver a casa sola de noche, tú), solo puedo darle un besito a mi reflejo como consuelo y morderme la lengua, llena de veneno y rabia.



Autofagia,

Iruene Ayur

(creación)

*Mi querida señora, un freudiano le diría
que es un sueño sobre la muerte*

Muriel Barbery

Rabia siento cuando vomito y se me sale todo de dentro y los labios ardientes y los dientes como verjas defectuosas que no pueden parar la avalancha de bilis. Y rabia cuando ya no hay comida y es sangre y el estómago da un puñetazo, el estómago un puñetazo a mi cuerpo, el estómago un puñetazo a sí mismo, rabia porque es masoquismo involuntario.

Rabia cuando el cuerpo pierde fuerza, un cuerpo en el suelo, mi pelo sobre pelusas, mis manos sobre células muertas, mi piel células muertas, mis lágrimas cera caliente que resbala y hace charco en mi boca, salado y ácido en mi lengua, cocina molecular.

Rabia en el agujero de mi esófago, rabia en los bordes del agujero, rabia en la carne viva, rabia en la carne muerta. Rabia en las burbujas que se me escapan por ahí, en escucharlas explotar y no saber en qué órgano han chocado, rabia en el órgano que ahora tiene babas de burbujas de estómago.

Rabia en mis uñas, mis uñas afiladas, mis uñas punta, mis uñas aguja. Rabia en el pelo, rabia en tirarlo, una punzada en el cuero cabelludo, rabia la grasa, la caspa, la dermatitis seborreica. Rabia pasarlo por mis uñas, rabia meterme la mano en la boca, ahora el puño, no cabe. Rabia quitarme los dientes con tenazas, rabia sangrante. Rabia bajar el brazo, mi codo en el labio inferior, rabia clavar uña y pasar pelo, y rabia la sangre, rabia el pus, rabia el morado, rabia el aire que no pasa, rabia el círculo, poner un parche.

Rabia la avaricia de querer tenerme dentro, rabia el brazo que baja, rabia el cuerpo que traga. Rabia soy.

De mí solo quedan los dientes.



El duelo de la memoria,

Itahisa Manso Hernández

(creación)

Muchas tardes me siento en el banco de la plaza, llevo así desde que me dieron la prejubilación. Por insistencia del destino he hecho una amiga. Es joven y muy guapa. No parece de aquí, pero su acento la delata. Mitad Canaria, mitad madrileña, me cuenta, pero yo de Madrid poco recuerdo, más que viví ahí cuando era muy joven, pero pronto me marché porque el trabajo es quien manda y ordena en esta vida que, al menos a mí, me ha tocado vivir.

No siempre coincidimos y aún no me atrevo a preguntarle su nombre. Solo sé que me saluda con una sonrisa y que me pone al día de su vida. Fíjese que no hace falta que le pregunte mucho, apenas le hablo, porque seamos sinceros, ¿a quién le interesa la vida de una persona a quien no conoce?

*

Hoy el día está soleado. La primavera se asoma tímidamente y cede su espacio a multitud de jóvenes que se congregan en el parque. Hoy se ha presentado con una perra enorme que se llama Berta, según me cuenta, y es su nueva compañera de vida. He saludado a Berta porque a mí me gusta más un perro que un ser humano y vaya por dios, no lo puedo disimular.

Ella está rara, sé que la he visto alguna que otra vez, pero me parece atrevido preguntarle su nombre. Si ella aún no me lo ha dicho es porque mucho interés tampoco tiene.

Me cuenta que está triste, que todo es pasajero, nada eterno. Echa de menos a su familia. No tiene hijos, solo una hermana que vive lejos, una madre y un padre a los que adora y ve todos los días, me cuenta, pero sé que hay algo más porque sus ojos son el espejo de la soledad.

*

Hoy hace calor, pero aquí estoy, sentado, mirando al frente, esperando a que vengan a visitarme. Estoy muy solo. No trabajo, estoy prejubilado. El tiempo es efímero, ¿sabes?, ayer fue mi último día de trabajo, me hicieron una gran fiesta de despedida, más de cuarenta años trabajando y mi familia estaba ahí, aplaudiendo, celebrando mi muerte porque qué es de un hombre cuando ya no puede trabajar.



Ya no estoy solo y me enfurece, porque a veces me gusta evadirme y ahí está ella, sentada con su perra y una taza de café, contándome que hoy es el cumpleaños de su padre, al que quiere, y de repente reparo en que está a punto de llorar, y acaso le pregunto que si su padre está muerto o qué, y ella se sorprende y me dice que no, pero que la memoria ha hecho estragos y las cosas han cambiado.

*

Llevo más de cuarenta años levantándome a las seis de la mañana para tomar el café e irme a trabajar y que despiste el mío si te digo que hoy me levanté y me vestí y me marché y llegué a telefónica, a mi empresa, a mi almacén de toda la vida, y estaba cerrado y no pude más que reírme porque hoy es domingo y está todo tranquilo y es que estoy tan acostumbrado, me digo, a trabajar y a madrugar, que no he mirado calendario ni reloj, pero ha valido la pena porque cuando me he sentado en el parque ha aparecido la chica con su perra y, riendo, le he contado lo que ha pasado y más se ha reído ella, que hasta ha llorado y me ha invitado a tomar un café mientras me contaba que hoy era un buen día, al menos para ella.

*

Hoy no me he equivocado. Directamente he tomado el café y me he puesto a leer el libro de Sandor Marai, titulado *El último encuentro*, y me he quedado dormido antes de terminar ese interminable monólogo que tanto me gusta, y es que lo leo una y otra vez y no me canso, porque siempre hay mensajes escondidos, o eso pienso yo, porque hay libros que se deben leer más de una vez y este es uno de ellos sin duda.

He ido al parque y no sé qué ha pasado hoy, pero he hablado con muchas personas, todas tristes y solitarias como yo, se los he notado porque ya sabes que los ojos son el espejo del alma y no hace falta conocerlas mucho para asomarse a ellas y enfrentarse a ese enorme abismo.

La chica hoy ha venido con su perra y con su novio, dice, que me ha saludado muy efusivo, y la verdad es que me ha disgustado porque qué se cree él, pero rápido se ha dado cuenta, porque se ha justificado diciéndome que es como si me conociera de toda la vida porque la chica le ha hablado de nuestros encuentros en el parque.

Ella parecía contenta hasta que su novio se marchó y nos quedamos a solas. Que si tenía mujer e hijos, me preguntó la muchacha, y la verdad es que me sorprendió, y claro que sí, le dije, pero mi mujer está en casa y mis hijos ya no vienen a verme, le dije.

*



Hoy me he levantado llorando, y es que mi mujer acaba de morir y no me dejan verla. Estoy sentado en el parque, en el banco, llorando, mientras la chica me calma. Me dice que lo lamenta, me da el pésame y paciencia me recomienda, que estas cosas van lentas, pero que no desespere y me enfurece más porque ella no me conoce y no sabe que no hay amor más puro como el que mi esposa y yo nos teníamos, y ella se apena y le digo que no me malinterprete, que no estoy enfadado con ella, sino con el Estado y con mis hijos, sobre todo con ellos, que no vienen a verme, no me abrazan, no me quieren.

*

Hoy ha sido un día extraño porque ya estamos en verano y ni cuenta me he dado. Parece que fue ayer cuando le daba la bienvenida a la primavera, y el sol ya abrasa y me ciega.

No puedo ir al parque a sentarme hasta bien entrada la tarde, entonces me he sentado a esperar la comida porque, a decir verdad, hoy tengo mucha hambre, pero al ver que la comida no llegaba me he dado cuenta de que no había nadie en casa, y qué despiste el mío, me digo, así que me he preparado un poco de pan con lo que había en casa y me he dormido.

La tarde está tan buena que el parque está lleno de niñas y niños que juegan mientras sus familias hablan y celebran la vida. Hoy la chica se ha sentado con su hermana, me ha dicho, y las dos, muy guapas ellas, me han hablado de sus vidas y yo sin querer, he escuchado que la chica es maestra y la hermana historiadora, que tienen sueños que quieren cumplir y las he felicitado por tener sus carreras tan jóvenes, y que seguro sus padres andan muy orgullosos y vamos, que la hermana pequeña se ha puesto a llorar y yo me he sentido mal porque de pronto no tienen familia y yo aquí diciendo tonterías.

*

Estoy tenso y furioso porque he perdido varias cosas. Seguro que me las han robado, le digo a la chica en el parque que me escucha con sus enormes ojos, con asombro, y es que yo le digo que sé que no tengo que desahogarme con ella, pero no tengo familia porque cuando la familia no te visita es como si no la tuvieras y ella me dice que cuánta razón tengo y que, si lo necesito, ella me ayuda, que tiene la tarde libre y que de pronto su hermana se apunta; plan de tres me dice, y yo me asusto porque no la conozco y seguro que ella también me quiere robar, así que mejor que se vaya, le digo, y ella no entiende mi delirio, me responde, pero yo me conozco estas cosas. Mejor que vengan mis hijos por un día y que me ayuden.

*



Algo pasa, eso está claro, porque ayer Juan me dijo, hoy te veo en el desayuno, a las ocho, chico, y ahí me he presentado y él no ha venido, y el del bar me dice seguro que se ha dormido, que me vaya a casa, pero yo le digo que si Juan no está es porque algo ha ocurrido. Y venga que he esperado, que hasta el del bar me ha dado café y churros y por teléfono ha hablado, que iba a preguntar por Juan me dijo, pero ya de eso hace rato y aquí ha aparecido la chica, con mala cara, asustada, que mejor me vaya, que Juan se ha ido a casa del tío, pero qué despropósito, le he dicho, que el tío murió hace mucho, y peor cara ha puesto la chica hasta que me he ido, maldiciendo a esta juventud, que en todo se mete por menos de un duro.

*

Todos se van, me digo. Mis hijos se fueron un día de casa y que a ver si un día vienen, me dicen, pero aquí no hay nadie.

Estoy solo, he perdido el trabajo por viejo, por qué otro motivo iba a dejarlo yo. Mi mujer siempre está fuera, ahora vengo, me dice, pero mira que tarda, yo creo que ya no me quiere por eso, por viejo. En el banco estoy, sentado. Debo de haberme echado demasiada crema en la cara porque me pican los ojos. La perra es la primera en saludarme, qué bonita es y qué buena, cómo me saluda. La chica me ha preguntado si puede sentarse conmigo y claro, le he dicho, pero no mucho tiempo, no quiero que mi mujer venga y nos vea juntos, y ella venga a reír. Tiene los ojos grandes, pero al sonreír se le achinan. Me ha preguntado cómo es mi mujer y le digo que es como toda mujer, y parece decepcionada con mi respuesta porque insiste e insiste hasta que me nota incómodo, y de pronto me cuenta cómo ha ido su día y cómo es su madre y lo bueno que es su padre, que siempre trabajando para alimentar a la familia y que gracias a él nunca les ha faltado nada, pero que ahora la distancia los separa, pero que está segura de que algún día volverán a encontrarse y que todos los días lo intenta, a ver si hoy hay suerte, me dice, pero nada de nada, que la vida no lo pone fácil...



margo garcía

(creación)

cuando era chinijo el gofio
cuando crecí un poco más el potaje de cho antonio
cuando era un pibe las ganas de salir del territorio
y ahora que sigo siendo un pibe pero con un poco más de fundamento
la rabia es mi alimento
crecí, me ensanché pa arriba pa los laos
por el gofio, el potaje de cho antonio y las ganas de salir del territorio
ahora solo me mueve la rabia
la llevo conmigo desde que me levanto hasta el próximo alba
entre abya yala y alkebulan ocho islas hermanas
que sueñan con la libertad
ante la brutalidad de la colonialidad
pero ya no hay sueños
porque estamos despiertos
y ahora la rabia es nuestra identidad
nuestras manos son la dignidad
nuestros pies quieren caminar por la solidaridad
y aun así siento que me quedo chico
que me consumo en la rabia de que ni aún poniendo el cuerpo las cosas cambian
pero hay una suerte y una esperanza
y es que la rabia mueve y no es breve
es lo contrario al miedo y aunque todo esté lleno de neblina



PALESTINA SEGUIRÁ SIENDO PALESTINA

muerte al colonialismo

a la ocupación

al extractivismo

muerte a europa

PALESTINA LIBRE

CONGO LIBRE

SUDÁN LIBRE

SAHARA LIBRE

YEMEN LIBRE

HAITÍ LIBRE

LÍBANO LIBRE

UGANDA LIBRE

europa cuestiona tu riqueza

occidente está en contra de la naturaleza



Mariano Re

(creación)

I

NO ESCRIBAS DESDE LA PULSIÓN

inauténtica del rencor. No les digas
que laceraron tu carne
con el mensaje indiferente.
No les des el gusto.

Escribe, quizás, desde la levadura
que empuja el veneno hasta las
comisuras y muestra
la espuma latente,
infalible.

Escribe desde la vena, desde
la esclerótica ensangrentada
desde el amarillo humor de la bilis
que hace rato perdió su sentido
del humor.



Desde la acidez, escribe,
esa que quema mientras sube y
arrastra tu esofágico grito que a su vez
arrastra tu esofágico fuego.

Y luego, tal vez,

por fin puedes decir
que has escrito con el cuerpo,
imprenta de tu peste negra
que arrasa y quema
como lengua de fuego.

O mejor no.

Mejor déjalo así, y que disfruten
del lugar que ocupan en el
sublime descenso
a los cielos.



II

ME TRAICIONA EL LENGUAJE.

Solía usar palabras hermosas
que hoy esperan encerradas,
embaladas en cajas de cartón
con la inscripción en rojo:
FRÁGIL.

Ya no digo birome,
no digo nafta,
no digo guita,
no digo chabón.

Y tantas otras
que ya no digo.

Ahora digo boli,
digo gasolina,
dinero, digo —más
de lo que quisiera—,
digo muchacho,
y digo un montón de cosas
que antes ni siquiera sabía
qué querían decir.

Me nombro distinto.

Soy otro:
ni peor ni mejor.

Pero, al menos,
ya no pienso
lo que digo.

¿Sigo siendo yo?
¿Queda algo
de aquel que una vez
supe ser?

Sea como sea,
diga lo que diga,
ladre lo que ladre,
aquí estoy.

Y grito,
con rabia,
que mientras no me silencie el tiempo
seguiré gritando
en la lengua que sea.



III

UNA PUERTA

que enmarca una puerta
a su vez abierta,
y que enmarca otra puerta
por la que ahora, al fondo,
lo veo.

Un hombre sentado junto a un perro.
El hombre, sobre un cajón de soda;
el perro, con su sonrisa incisiva
y la lengua colgando
de lado.

Sereno,
el hombre toma mate
y una cicatriz rencorosa
—diría el sabio ciego—
le cruza la cara.
La espera por la noche inevitable
lo encorva.



Hay saber en su paciencia,
hay ternura en sus manos secas,
a pesar del dolor
que le agrieta la piel.

Y, sin embargo,
en el fondo de la fría espera
de la noche colonial,
sujeto a su cintura,
descansa el filo
de su rabia,
hace tiempo
forjada.



Ser o no ser, Pedro M. García

(creación)

Detestas el olor a mierda empastada. Te gusta el olor a pinocha recién húmeda. Suelta el móvil. Dime, ¿eres egoísta? Elige terminar la carrera de periodismo sin otros agobios que los de una estudiante. Elige pasar unos años —o toda tu vida, qué más dará— en algún país extranjero; la pampa argentina, las cumbres neozelandesas e incluso los rascacielos de Nueva York siempre te llamaron la atención. Sabes que tu alma de anfibio prefiere mil veces una casa sobre ruedas a un adosado con jardín y vistas al adosado de enfrente. No elijas abandonar los estudios para criar a un ser que llega a deshora. No elijas esclavizar a tu familia hoy, mañana, pasado, el otro y el otro sin antes arrancarte unos buenos mechones de esa melena castaña que apenas te cuidas y tan bien te queda: tu madre ya se dejó explotar como una burra para que no te faltase ni para un chupachup; tu abuela no solo crio a los suyos, sino también a los del hermano marinero y a la del primo que perdió a la mujer en el parto. Eres aventurera y temeraria. Elige preocuparte de ti misma, disfrutar de la vida viajando, a dedo o en avión, tirándote en paracaídas o escalando el K2, e incluso alguna de las Siete Cumbres. No elijas quedarte en casa desvelada, recorriendo el pasillo con voz ronca y pelo troglodita de arriba abajo, de izquierda a derecha y hasta en zigzag porque el bebé tiene cólicos y no puede dormir. No eres sedentaria ni prudente. ¿O era idealista y ambiciosa? Recuerda lo que le ocurrió a Mónica en el instituto, lo mal que lo pasó: ya lleva dos cesáreas y va camino, según publicó en Facebook, de la tercera. No recuerdes que tu madre se vio en tu misma situación y que te salvaron los tiempos cristianos que corrían. Cágate en las putas marcas de condones, que ni duran ni controlan, cágate en las farmacéuticas que no fabrican anticonceptivos cien por cien eficaces. Y sobre todo, pero todo, todo, todo, cágate en la polla cambada de Jose, que fue la que principió tu dilema. Enfurécete. Odia. Maldice. Y luego, ya, reflexiona. Pero antes —haga o no falta— berrea contra cojines y almohadas hasta dejarlos más empapados que un pañal. ¿A que según lo oyes ya piensas en polvos de talco? Pañal, pañal, pañal. No se lo digas a nadie —¡esconde la funda del cojín, pon a secar la almohada!— porque buscarán imponer su voluntad sobre la tuya. No imagines el futuro idílico que el imperialismo comercial americano y los genes que te forman dictaminan. Tampoco pienses en risas contagiosas ni en dedos minúsculos y rosaditos. Sé realista y ponte en lo peor. Tómate unas pequeñas vacaciones si lo consideras necesario; hace tiempo que te apetece ir a los Alpes, quizás sus aires frescos te aclaren las ideas. O no, mejor no vayas a ningún sitio, que en tu querido y anquilosado país, si no te violaron o el embarazo no te va a trastocar la cabeza, seguro

que tienes que irte a una clínica privada, y ya sabes que lo privado equivale a caro, a veces incluso a un ojo —¡o a un riñón!—. Así que quédate en tu casita, encerrada en tu habitación. Enciende una vela, por lo que sea y lo que nunca será, pero cuya sombra te acompañará ahora y siempre como una lapa pegada a una roca. Ese «y si...» se volverá tu caballo de batalla en tus peores momentos; en los mejores no llegará ni siquiera a poní. Sé testaruda, arrolla y aplasta lo que venga. Que no te engañen, en esto eres tú contra el mundo. Cuando la vela se consuma del todo, échale ovarios y toma una decisión. Tienes que decidir hoy sin falta: alguien podría empezar a notar esa barriguita de doce semanas si dejas que se nutra un poco más. Venga, la llama se despide. Sé tú misma. Solo eso. Coge el móvil. ¿De quién es ese número de teléfono que marcas?



Inviero, Sara Dait Suárez (creación)

Es la séptima noche que duermo en la estación Auber, estoy agotado. Los cartones que he colocado cuidadosamente debajo de mí son intentos desesperados de mitigar el frío de principios de diciembre. Se cuela en mis huesos, se mete en mis entrañas. Llevo un mes viviendo en la calle, un mes desde que todo se torció. Pienso en mi perrita Luna, espero que esté bien tan lejos de mí, en mis queridas islas ahora tan lejanas. Todo lo que podría haber hecho... Siento cómo los ecos de lo que jamás sucedió rebotan por el pasillo donde llevo instalándome resignadamente días.

La gente aprieta más el paso cuando me ve, se alejan de mí como si la desgracia se contagiara. Yo soy un indefenso fantasma en vida, con una rabia profunda que atraviesa todo mi ser. Odio el olor a cruasán recién hecho de la panadería de la estación, odio a toda esta gente, mi resentimiento arde cada vez más. Trato de racionalizar que no es culpa de ellos, pero hay algo dentro de mí que siente tanto rechazo que no me permite detenerme en esa idea. Ellos sienten rechazo por mí, así que estamos igualados. Y en esta noche congelada, yo ya he perdido toda esperanza, o casi, puesto que al fin y al cabo, todos esperamos siempre un milagro.

“Esta noche va a llover, ¿lo viste?” “Al final me dejó ella, te lo juro, no entiendo nada”. “¿Vamos a un restaurante libanés? Hace tiempo que quiero probar el de Châtelet”. “¡Ya llego! Me quedan dos paradas, ¡es verdad, eh!”

Las conversaciones se entremezclan, me llegan pedacitos de aquí, pedacitos de allá, no acabo de entender todas las ideas. Ese *puzzle* desordenado me hace sentir que el muro infranqueable entre el resto y yo se fortalece. Iba a mejorar mi francés, era una de las razones por las que vine a Francia en primer lugar. Esta muralla no ayuda. A veces escucho el inglés, la mayoría proviene de turistas que planean su visita a algún monumento, otros se quejan de que el tren se ha parado y deben tomar una ruta alternativa... En realidad me gusta escucharles, el inglés me trae tan buenos recuerdos, a veces incluso intento pensar en dicho idioma, no olvidarlo. Aunque no tiene sentido, es decir, ¿tendré realmente un futuro donde mis habilidades lingüísticas sean necesarias? Ni siquiera sé si sobreviviré a este invierno. Ni siquiera sé si quiero sobrevivir a este invierno.

“Perdón”. Una voz me saca de mis cavilaciones, me sorprende que sea en español, mi papelito arrugado especifica mi nacionalidad, pero suele ser invisible para todos. Me con-



centro en la persona que tengo delante, parece haber salido de la nada. Una joven, de unos veintitantos años y pelo rubio que cae en cascada, enmarcando su rostro, me mira con unos enormes ojos oscuros como la noche. No sabría descifrar su expresión, solo me fijo en lo pálida que es su piel: aunque sea invierno y estemos en París, parece de porcelana.

“Me llamo Manon. Madre francesa, padre español. Lo siento, pero te llevo viendo estos últimos tres días y no fue hasta ahora que he podido reunir la valentía para venir a hablarte. Te he visto con tu libreta, cómo dibujas mientras observas al resto. Debes estar pasando una situación complicada. Lo veo en tu mirada. Sé que esto puede sonar raro, pero siento como si ya nos conociéramos. Quizás se trataba de otra persona, pero tu cara se me hace tan familiar...”

“Emmm... gracias”. ¿Por qué le estoy diciendo gracias? Siento una calidez en el pecho que me impide ordenar mis palabras, he olvidado cómo se habla. “Solo... Lo siento... No sé...” Las ideas de mi cabeza no se traducen en palabras claras, sentirme reconocido ocupa todo dentro de mí.

“No te preocunes”, declara Manon con un gesto despreocupado mientras me deja tiempo para que respire.

“Perdona, solo estoy muy sorprendido porque te hayas acercado a mí. Esto nunca pasa. Va a sonar excesivo, pero me siento afortunado por tener esta conversación, había olvidado cómo se sentía, hacía tanto tiempo que no tenía una de verdad”. Y era cierto, incluso mi voz me sonaba rara. A pesar de ello, tras algunos traspiés más, logramos enfrascarnos en una charla increíblemente agradable.

Aquel día estuvimos hablando tres horas. Me narró un poco sobre su vida, sus estudios, su casa, su familia. Pero yo no sentía rabia, ya que era *ella* quien me lo contaba, y con cada historia la estación de Auber parecía recuperar cierta calidez. Me sacó de mi rutina desesperanzadora, y yo también me abrí un poco con ella. No lo suficiente como para que realmente supiera algo trascendental sobre mí, pero sí lo justo para ligeramente aliviar mi alma, ávida de comunicación. A ese día le siguieron muchos más. Manon me traía algo de comer, alimentos que devoraba con ansias. A veces hablábamos de pintura y de dibujo, a ella también le gustaba. Solía traerme lápices de colores, gomas, libretas... así compartíamos nuestra afición. Incluso a veces me intentaba enseñar francés. Abrazó mi rabia, creo que gracias a Manon me mantuve vivo en esas heladas semanas de invierno. No sabría decir con exactitud cuántas fueron, el tiempo pasaba de forma extraña en aquella estación, los días se mezclaban unos con otros, y aparte de Manon, mi existencia era muy monótona. Además, ella no siempre podía venir, tenía sus obligaciones, pero se esmeraba lo máximo posible por mantener nuestros rituales.



Sin embargo, Navidad estaba a la vuelta de la esquina, y últimamente aparecía cada vez menos, la veía cansada, un martes en cuestión no pude evitar mencionar sus ojos inyectados en sangre. Me preocupaba, su tez blanca parecía translúcida bajo la luz artificial de la estación. “No te preocupes, estoy bien. Te preocupas mucho... Todo estará bien”. ¿Qué iba a estar bien? No tenía ni idea, ella a veces decía cosas que no entendía del todo, pero así era Manon. Eso es lo que más me gustaba de ella, no siempre tenía sentido lo que decía, así que yo no tenía por qué tener un sentido más allá de las paredes de aquella estación. Cuando nos dijimos adiós me dio un dibujo, como tantas otras veces. Nunca paré de esperarlos con impaciencia: me gustaba que los compartiera conmigo. Ese amor por el arte es algo que me ayudó a mantener cierta cordura.

Manon me había contado que era un dibujo de su perro. Me parece tan graciosa la pose, cómo tiene la lengua sacada, las orejas alerta. Tiene una mancha negra en la parte superior de la oreja izquierda, tan perfectamente colocada... De repente, un escalofrío recorre mi cuerpo, todo de mí lo sabe aunque nada quiera saberlo. No, no puede ser... Creo haber dibujado esto. ¿Es mi perrita? Luna...

La estación Auber nunca había sido tan gélida. Mis manos comienzan a temblar, y el dibujo parece reírse de mí desde el papel.

No puede ser mi dibujo. Era suyo. Manon me lo dio. Ella me vio, me sonrió. Solíamos hablar. Ayer (*¿ayer?*) estaba menos habladura, pero la recuerdo. Pero esa mancha negra... Miro más detalladamente el dibujo, los trazos, cómo se unen, la manera de esbozar los ojitos marrones, esos que solía conocer tan bien. *Es Luna.*

De repente dejo de ver del todo bien. Mi garganta se cierra, el corazón me late, se me va a salir, suspiro para sostenerlo en el pecho. Deposito el dibujo en el suelo, delante de mí, no lo puedo sostener. Siento cómo el peso del descubrimiento cae sobre mis hombros. Me aplasta, me tira al suelo, me golpea.

Siempre estuve solo. Nadie habló conmigo. Nadie me vio de verdad. Nadie. *Manon nunca estuvo aquí.* Miro fijamente la señal del RER A.

¿Quién estuvo conmigo? Espero sobrevivir a este invierno.



La espera,

Teresa Pulido Mañes
(creación)

La luz no se enciende, pero yo me levanto. No lo hagas, sin luz no hay baño, luz y baño forman un binomio indisoluble, me dice Ricardo hasta que le da el ataque de risa, y eso qué es, tú díselo al profe de mates, que te aprueba.

Pater noster, qui es in caelis

sanctificetur nomen tuum.

Sin luz hay sombras, en el colegio siempre hay sombras, que se esconden y nos persiguen. A Tomás, a Jacinto, a Severo, a Ricardo, a mí, hasta que me despierto. En la clase, en el patio, la mía se puede acerca a cualquier sitio, a cualquier hora del día o de la noche. No me ha besado, no lo ha hecho, respiro. Ricardo me dice que no lo mire, y yo no lo hago porque no quiero que me bese; esa es la señal de su credo y si no vas con él a su despacho, te llega un informe negativo, ya te lo aviso, y a tus padres no les va a gustar.

Hágase tu voluntad,

así en la Tierra como en el Cielo.

Su voz es repelente y su olor se parece a un insecticida. La clase de mates me gusta y me pongo triste cuando se acerca el final; detrás viene él con su sonrisa aprendida y sus manos de sapo, y sabe a sudor viejo y a ropa sucia. Ricardo tiene un jabón para quitárselo y se frota la piel hasta que se enrojece, yo lo oigo cuando vuelve y se le escapan algunas lágrimas que yo no le afeo porque sé que le duelen.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros

perdonamos a nuestros deudores.

Yo espero en la fila hasta que todos estamos cambiados; él aparece con el mismo pantalón de ayer y con el pelo despeinado y maloliente. Lo que le hace a Ricardo no es bueno, me lo dicen sus ojos y su cabeza caída. No quiero verlo, no quiero; sigue así, escucho a Ricardo. ¡A formar! Esa es la señal para empezar a rezar, que no me vea, que no me mire, tengo miedo. Un día más que pasa de largo, que su olor a cloaca se aleja. No quiero este reino ni este pan ni al cura que lo bendice, pero, ¡qué dices, hijo! El padre José Luis es de lo mejor que hay en este colegio, no sabes la suerte que tienes.



*No nos dejes caer en la tentación,
y libranos del mal.*

Amén.



La Rabia de abandono de Sileray,

Yarelis López Pérez

(creación)

Estaba en una de las oficinas de la Dirección Municipal, desempeñándome como uno de sus cuadros importantes, cuando olí a cuero viejo y estiércol de caballo. La mano se me congeló. De golpe tenía dos años otra vez. La casa del amigo de papá, olor a tabaco rancio y sudor. Mi hermana mayor apretándome la mano, los ojos muy abiertos. Fiebre en la bebita, quejidos. Afuera, relincho.

Mamá aparece al lado del caballo, con el hombre, su amante, la bebita feliz sentada en la montura. "Voy al hospital, ya vuelvo". Se fue. Quedamos llorando en aquel camino polvoriento, las dos solas con el señor negro que nos daba de comer todas las tardes, que nos miraba con lástima. El llanto me raspaba la garganta como cristales. Nadie vino. Dicen que se comentó mucho de aquella escena, pero yo no lo recuerdo.

Llegó mi abuelo del alma, nos subió a la yegua, yo en medio, mi hermana atrás. Reía con cada paso del animal. El viento me metía el pelo en la boca, salado de lágrimas. San José. Llegamos a un bohío de guano y tablas de palma, humo de fogón. Abuela ya cansada por los años, llena de dolor por situaciones difíciles de manejar.

Pasaron días o meses, no sé. Papá y un tío nos llevaron al pueblo. La encontramos en una esquina, por la acera, cerca del parque. Corazón latiendo como tambor. Nos miró, qué alivio. Nos brindó algo de comer en un jarro; estaba frío, lo recuerdo. "No puedo tenerlas, vivo en una casa muy pequeña". Se fue. No recuerdo quién gritó primero, solo que lloramos, nos quedamos allí, estirando las manos y quizás diciendo: vuelve.

Pasaron los años, y crecí junto a mis abuelos paternos. Aprendí a leer en la escuela del barrio, a escribir con lápiz mordido. Abuela me peinaba, no recuerdo cómo, solo que estaba cansada de tanta gente. La beba regresó con nosotras en algún momento, casi no lo recuerdo. Papá se casó con una mujer muy buena. Vino un día con un caballo y un quitrín. Venía de la escuela, no sabía que traían a la bebita con ellos. Le dijeron a la mayor: "Vamos". Yo lloré. "Tú vas después", me dijeron. "Te quedas aquí, con los abuelos". Quedé en el camino, viendo el polvo tragarse sus figuras. Nunca olvidé esa sensación, nunca olvidé el lugar. Al menos los volví a ver. Llegaron los diez años. En esa misma primaria, un maestro nos negoció: "Respuestas de la prueba a cambio de un beso". Éramos tres niñas del barrio compartiendo el silencio pesado. Al terminar la clase nos quedamos al final. Yo cumplí: se lo di en los labios, labios temblando, sin entender el



juego. Al otro día quería más; no acepté. Ese beso se quedó en mi boca como carbón encendido, esperando quemar. La ida de mi madre, la separación de mis hermanas, todavía me dolían en la garganta. Mis tíos más pequeños se burlaban, sin saber: “Vaya, tu mamá te dejó botada”, me decían. Los padres de mis compañeras de escuela me miraban con lástima. Aprendía bien en la escuela, no recuerdo si iba limpia o peinada, solo que me orinaba en la cama. Buena estudiante. Llegaron mis diecisiete años, el preuniversitario. Un hombre mayor, me llevó a un cuarto con olor a libros viejos y humedad, con mucho polvo. Era un almacén. Puertas cerradas. Manos en mi boca, no podía respirar. Salí rota, como la yegua coja que vi una vez en el camino. Pero seguí. Universidad. Títulos. Cargos. Cuadro importante en el municipio. Triunfó. Pero en las noches, el relincho del caballo de mamá. Los gritos del recuerdo. La repartición. La niña de dos años que se quedó llorando, todavía rabiosa, esperando a que alguien la elija de una vez. Perdonar sí, pero, ¿cómo? Hoy, en la oficina, miro la cuna vacía de una madre que trae a su hija. No lloro. La rabia ya no raspa, quema limpio. Fui la abandonada, la usada, la que sobró. Pero construí aulas, formé maestras, levanté proyectos donde niñas como yo aprenden a gritar sin que las dejen. Mamá, si lees esto, tu casita chica me hizo grande. Tu caballo me enseñó a galopar sola. La rabia no me corroe, me impulsa. Soy la que se quedó y conquistó todo.



Traducciones

11L/PPLP-0037,
Filippo Canapei
(traducción al italiano)¹

fuoco

fuoco

iniziativa legislativa popolare:

bambine che ti guardano fisso negli occhi

luci dell'eternità

forge della penuria

a pendice del barranco

pietre

battono sugli scudi

malefici malocchi

fuochi eterni nelle bocche dei neonati

tu

vedi la nostra ferita

e m'incolpi:

l'iniziativa legislativa

di bambine che non hanno il 20% di risparmi

per chiedere un mutuo

1 El poema traducido se encuentra se encuentra en la página 6 y está escrito por Ainoha Cruz Gómez.



bravi bravi olé
battete le mani a tempo
accendete le candele
lunga vita all'ideologo al consulente alla lobby
olé
gli dedico le prime luci del giorno
e il sibilo del vento che si trascina tra i fiori selvatici
lunga vita e che
dio lo benedica
ma *sorry*
le perizie dei proprietari non mi approvano
perché
il prezzo dell'affitto non deve superare il 30% delle entrate dell'inquilino
ti dedico
fuoco
fuoco
luci di torce
fosforo bianco
e corpi bruciati
je suis désolé
ma
nel profondo delle tue viscere
m'incolpi
vedi la nostra ferita
e deplori la concavità delle generazioni



sui barranchi e nei mulini, sulle barche, negli orti
mi spiace

ho pregato e sacrificato i miei figli
e la risposta è una piaga
e la pietà frustrazione

salario mínimo interprofesional
incertezza nei proprietari
notifica di sfratto

domani
all'alba
propongo

fuoco e
barricate
imboscate e
resti morti sui lungomari e
osservatori internazionali
che concludano che abbiamo commesso crimini di guerra
sequestri di massa
pianti di madri
e grida di berte
in ogni notte del calendario

perché non c'è iter parlamentare
che mi guardi negli occhi e curi questa ferita



mi piace
domani all'alba
propongo:
di non conoscere il perdono



Do Not Go Gentle into That Good Night, Dylan Thomas

(versión original)

Do not go gentle into that good night,
Old age should burn and rave at close of day;
Rage, rage against the dying of the light.

Though wise men at their end know dark is right,
Because their words had forked no lightning they
Do not go gentle into that good night.

Good men, the last wave by, crying how bright
Their frail deeds might have danced in a green bay,
Rage, rage against the dying of the light.

Wild men who caught and sang the sun in flight,
And learn, too late, they grieved it on its way,
Do not go gentle into that good night.

Grave men, near death, who see with blinding sight
Blind eyes could blaze like meteors and be gay,
Rage, rage against the dying of the light.



And you, my father, there on the sad height,
Curse, bless, me now with your fierce tears, I pray.
Do not go gentle into that good night.
Rage, rage against the dying of the light.



A esa noche buena entra sin rastro de dulzura,

Jesús González Yumar

(traducción al español)

A esa noche buena entra sin rastro de dulzura,
que arda y despotrique la vejez en el ocaso;
monta en cólera, en cólera contra la luz última.

El sabio descubre que no hay mal en la penumbra,
pero al no haber prendido luz con sus enunciados
a esa noche buena entra sin rastro de dulzura.

El bueno, que al llegar la última ola se angustia
por el brillo que en la bahía no hubo en sus actos,
monta en cólera, en cólera contra la luz última.

El loco, que captura el sol al vuelo y lo adula
y aprende, muy tarde ya, que le ha causado daño,
a esa noche buena entra sin rastro de dulzura.

El serio, que apenas vidente, casi en la tumba,
ve que el ojo ciego puede brillar como un astro,
monta en cólera, en cólera contra la luz última.



Y tú, desde esas tristes alturas, padre amado,
bendíceme, maldíceme con tu fiero llanto.
A esa noche buena entra sin rastro de dulzura.
Monta en cólera, en cólera contra la luz última.



Artículos

¿Es lo bello incompatible con la politización del arte? Una lectura a través de Arthur C. Danto

Is beauty incompatible with the politicization of art? A reading through Arthur C. Danto

Andrea Sánchez Villamandos

(artículo)

Fecha de recepción: 26 de noviembre de 2025

Fecha de aceptación: 09 de diciembre de 2025

RESUMEN

La des-estezación del arte que se produjo a lo largo del siglo XX se conforma como un ataque político y directo hacia lo bello debido a las implicaciones históricas de esta categoría estética. En este artículo repasamos el concepto de Arthur C. Danto de *kalliphobia*, así como los motivos por los que las vanguardias huyen de la belleza, y cuestionamos si acaso sea esta la única categoría estética posible cuando se persigue la excelencia artística, o si puede, incluso, existir un arte político que use lo bello como herramienta para despertar la rabia y cambiar la sociedad.

PALABRAS CLAVE: *kalliphobia*, belleza, categoría estética, arte, política, des-estetización.

ABSTRACT

The de-aesthetization of art that took place throughout the twentieth century can be seen as a political and direct attack on the beautiful, shaped by the historical implications that this aesthetic category carries. In this article, we revisit Arthur C. Danto's concept of *kalliphobia*, consider why the avant-gardes turned away from beauty, and question whether beauty is truly the only aesthetic category available when pursuing artistic excellence—or whether political art might even use beauty as a means to stir anger and change society.

KEYWORDS: *kalliphobia*, beauty, aesthetic category, art, politics, de-aesthetization.



1. Arte y política

Bajo el contexto del convulso siglo XX, marcado por dos guerras mundiales, el Holocausto y el desarrollo y uso de armas biológicas y nucleares, entre otros horrores, no es de extrañar que el arte se convirtiese en una herramienta de doble filo: por un lado, destaca su poder de denuncia y por otro, de legitimación. Así, algunos pensadores supieron ver en el arte, especialmente en el cine por tratarse de un arte de masas, un carácter emancipatorio en buenas manos; en malas, la subyugación del fascismo que tantas veces se ha vinculado con Hollywood¹. La imbricación entre arte y política parece desde entonces indisoluble: cobran relevancia el arte político, de denuncia, de reflexión... y nacen nuevas expresiones artísticas como el *happening* y la *performance*, donde ciertos autores y autoras como Gerard Vilar han querido ver un aspecto ético-político debido a su posibilidad de transformación en proyectos de colaboración ciudadana.

“La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, artículo publicado por W. Benjamin en 1936, se erige como uno de los pilares sobre los que se cimentó el posterior análisis crítico del nexo entre arte y política, apuntando a que las nuevas condiciones materiales y formales de producción del arte transformaban la relación del individuo consigo mismo y con la obra. Años más tarde en *De Caligari a Hitler: una historia psicológica del cine alemán*, Kracauer señalaría una comunión entre el autoritarismo, la manipulación colectiva y la demencia política, pues la emergencia del cine estuvo estrechamente vinculada a la estetización del nazismo. Este, como un medio de masas y con Leni Riefenstahl como ejemplo paradigmático, desempeñó un papel crucial en la formación de la opinión pública en Alemania. Las imágenes y narrativa de los filmes influyeron en la percepción de la realidad y en la aceptación de la ideología nacionalsocialista. El cine se convirtió en un poderoso instrumento de propaganda y, bajo una mirada crítica, se sospechó de su capacidad como herramienta de control y manipulación de la subjetividad: «no les interesa mostrar la realidad, sino subordinar su inserción y el método de la inserción a sus inherentes propósitos de propaganda» (Kracauer, 1985, p. 274). Aunque también parecieron ver en él un carácter emancipatorio: «volver a darnos creencia en el mundo, ese es el poder del cine moderno (cuando deja de ser malo)» (Deleuze, 1987, p. 230). Al ser conscientes de que no solo el cine, sino que en general las obras de arte, la política y la vida no son esferas separadas en un mundo administrado (por utilizar jerga frankfurtiana), la idea de *l'art pour l'art* es criticada:

¹ Desde Walter Benjamin y los Teóricos Críticos, hasta pensadores de la segunda mitad del XX como Deleuze.



La humanidad, que fue una vez, en Homero, un objeto de contemplación para los dioses olímpicos, se ha vuelto ahora objeto de la contemplación para sí misma. Su enajenación ha alcanzado un grado tal que le permite vivir su propia aniquilación como un goce estético de primer orden. *De esto se trata la estetización de la política puesta en práctica por el fascismo. El comunismo le responde con la politización del arte* (Benjamin, 2017, p. 115).

Producir un arte político se volvió casi un imperativo moral. El arte de vanguardia y posterior se enfrentó a una burguesía y un *statu quo* alienante. Tanto es así que se extendió la preocupación por la interacción entre el valor político y el valor estético de las obras. ¿Qué papel jugaban las categorías estéticas en el marco de un arte político? ¿Embellecer, necesariamente? Danto, en *El abuso de la belleza*, parte de la consideración de que históricamente lo estético se ha vinculado a la categoría de belleza. De este modo, la “des-estetización” del arte como discurso extendido en el siglo XX tendrá que ver con un ataque directo a lo bello.

1.1. La des-estetización del arte como un *statement* político

La “des-estetización” del arte persigue disolver las fronteras entre el arte y la vida y, al estilo benjaminiano, aboga por el paso de la espectacularización de la política a la politización del arte. Gran parte de los artistas de vanguardia defendían o bien abiertamente la des-estetización, la muerte del arte o posiciones muy cercanas a estos argumentos. La práctica artística del siglo XX puso de manifiesto la confusión entre el arte y la vida, por ejemplo, los *ready mades* de Duchamp presagian la tendencia de los setenta del arte conceptual o *idea art*, sintomático de un giro epistemológico que llegó con fuerza junto a las primeras vanguardias, entre ellas, el dadaísmo. Obras como *La fuente* (1917) abrieron la puerta a un arte que apelaba a los espectadores y que obligaba a reflexionar por la noción de arte misma. La confusión arte-vida convirtió la banalidad en un problema de primer orden, pues lo banal escondía el sin-sentido y el sin-valor, lo cotidiano, lo sin-significado. La obra duchampiana era reflejo de una concepción del arte que no estaba vinculada a la institucionalización y que más bien invitaba a la propia vida. Duchamp pensó que difícilmente podrían reconocerse cualidades estéticas en su trabajo, y aun hallándolas, argumentaba que estas no eran importantes para el discurso ni definitorias de su valor artístico, insistencia que podemos ver en muchos otros movimientos del siglo XX como el neodadaísmo o el *minimal*. Sin embargo, aquí sostendremos que la pretensión de rechazar toda estética es criticable por varios motivos: primero, porque quizás en su pluralidad se nos descubran otras cualidades con un gran poder de transformación social; segundo, porque tal vez ni siquiera sea posible disociarlas verdaderamente del significado de la



obra. ¿Acaso la irreverencia estética de los *ready-mades* no influye en la comprensión y valoración de los mismos? Sea como fuere, lo cierto es que debido al íntimo vínculo entre estética y belleza, el proceso de des-estetización se constituyó principalmente como un rechazo sistemático a lo bello:

El arte como discurso se sustentó durante siglos en relación con la belleza. La historia del arte es, pues, en gran medida, una historia de la percepción de la belleza y de la evolución misma del concepto de belleza. Con la des-estetización del arte a través del exilio de Venus y las nuevas identidades anti-artísticas, el arte como discurso ha ido desplazando su ámbito de acción propiamente estética por un ámbito de acción ideológica, política, social, psicoanalítica (Giovine Yáñez, 2015, p. 160).

Es en este contexto que Danto habla de la *Whitney Biennal* de 1993, concretamente de una pieza audiovisual que presentaba la agresión de un grupo de policías a un ciudadano llamado Rodney King. La cinta, que no fue filmada por un videoartista sino por un transeúnte, fue seleccionada por el comisariado de la exposición, lo que demuestra la preocupación y el compromiso con la ética y política. Esta *Biennal* marcó un antes y un después en la manera de entender el museo: la belleza y la trascendencia fueron sustituidas por discursos políticos que daban lugar a un espacio para un arte que apelaba a la comprensión de una cultura podrida. Pero al haber confundido históricamente la belleza con la excelencia artística, muchos críticos de arte, entre ellos Roger Fry, declararon que el espectador vería la belleza en este tipo de obras una vez alcanzada su comprensión. Sin embargo, ¿por qué tiene que ser una obra excelente necesariamente bella? En palabras de Danto: «el reconocimiento de la excelencia no debe implicar necesariamente una transformación en la percepción estética» (Danto, 2005, p. 160).

2. ¿Por qué la belleza? Un breve repaso a la historia de esta categoría estética

La belleza ha sido, durante muchos siglos, el pilar central de la estética. Del término griego *kalòs* (καλός), lo bello en la antigüedad clásica se vinculaba con lo moralmente bueno, con la verdad, con la unidad y la proporción. La idea de *kalòs kagathós* (καλὸς κἀγαθός), remite a la unión entre la belleza y la nobleza o virtud del ser humano. Podemos rastrear estas conexiones en diversos diálogos platónicos como *Hipias Mayor*, *Fedón* o *El Banquete*, donde Diotima discute con Sócrates:

[...] ¿O no crees —dijo— que sólo entonces, cuando vea la belleza con lo que es visible, le será posible engendrar, no ya imágenes de virtud? al no estar en contacto con una imagen, sino virtudes verdaderas, ¿ya que está en contacto con la verdad? Y al que ha engendrado y criado



una virtud verdadera, ¿no crees que le es posible hacerse amigo de los dioses y llegar a ser, si algún otro hombre puede serlo, inmortal también él? (Platón, 2021, *El banquete*, 211d-212b).

Pero si para Platón la belleza es un resplandor de la idea de Belleza vinculada a lo bueno y lo verdadero, el neoplatonismo y la teología cristiana reconducen la cuestión hasta Dios: lo bello es ahora un destello de Dios, lo divino, eterno.

Con la llegada de la modernidad, las nuevas revoluciones científicas y la presunción de la existencia de unas “cualidades secundarias” de los objetos relativas al color o al gusto, la filosofía redirigió su atención de la objetividad a la subjetividad: el interés se desplazó al gusto.

Las cualidades secundarias eran aportadas por el sujeto en su encuentro o *relación* con el objeto. Serán sobre todo los filósofos empiristas británicos del siglo XVIII quienes extraigan las implicaciones de este enfoque y sitúen la belleza en la experiencia subjetiva que los seres humanos tienen de determinados objetos. De manera que la belleza pasa de ser el eco sensible de una cualidad supra-sensible, objetiva y eterna a ser una propiedad relacional, ontológicamente sustentada en un contenido en la conciencia del sujeto que la percibe (Carrasco Barranco, 2019).

El cisma que se produjo entre el sujeto pensante y el objeto pensado se extendió a todos los ámbitos de la filosofía, lo que influyó en el peso del concepto clásico de “belleza”. La idea del juicio del gusto trasladó el interés por una idea objetiva de belleza a la propia percepción, aunque este movimiento aún no implicaba la eliminación o rechazo absoluto de esta categoría estética.

La contribución kantiana a la estética marca un punto de inflexión. En la *Crítica del juicio*, Kant retomaría los debates sobre el gusto desde su particular *corpus* filosófico. La “analítica de lo bello”¹, dividida en cuatro partes vinculadas a las cuatro categorías de la *Crítica de la razón pura*, estableció que: el juicio ante lo bello es desinteresado (cualidad), place universalmente (cantidad) sin concepto, no tiene fin (finalidad) y, por último, es necesario (modalidad). Lo bello es lo que place universalmente, porque como lo bello place sin interés, no participan los intereses de sujetos concretos ni existe una relación privada con la satisfacción personal. De esta forma, la noción de “desinterés” adquiere un peso sin precedentes. Como lo bello place sin interés porque no se involucran ni el interés de los sentidos (como en lo agradable) ni el de la razón (como en lo bueno), Kant «aísla a la belleza de la utilidad y del conocimiento, pero particularmente de la moralidad, y con

¹ La “analítica de lo bello” pertenece al primer libro de “Analítica del juicio estético”, en la primera parte de la *Crítica del juicio*. Immanuel Kant, *Crítica del juicio* §1-§22 (Madrid: Tecnos, 2017): pp. 113-161.



ello modifica igualmente la consideración del mismo sentido del gusto que hasta entonces figuraba como una capacidad a la vez ética y estética» (Carrasco Barranco, 2019).

Pero la belleza es, en el siglo del gusto, una categoría estética entre otras. Addison en *Los placeres de la imaginación*, una serie de artículos publicados en la revista *The Spectator* entre 1672 y 1719, recoge dos de los conceptos más importantes para la estética de entonces: los placeres y la imaginación. El placer es la fuente de lo bello que, mediado a través de la imaginación, da paso a lo sublime y lo pintoresco, categorías que se diferenciarán y adquirirán relevancia a lo largo del siglo XVIII. Esto es así hasta el punto de que en el siglo XIX se produce un “apogeo de lo sublime”, materializado en algunas de las pinturas más reconocidas de esta época, como las de William Turner o las de Friedrich. Desde un principio, lo sublime se concibió como una categoría estética que producía un placer más serio, más profundo, y así tomó fuerza frente a lo bello, visto ahora como un rancio academicismo. El interés se desplazó de lo bello hacia otro tipo de valores como lo grotesco o lo extraño. También en el siglo XIX con la llegada de los maestros de la sospecha (Ricoeur, 1990, p. 32) se produjo el auge de una hermenéutica de la sospecha, que alimentada en el siglo XX por las injusticias del capitalismo, crisis sociales y globales y guerras mundiales, fue heredada por los artistas. La crítica a lo bello por ser considerado autónomo, desinteresado y ajeno a la moral, sumado al esplendor de lo sublime, produjo el declive de la belleza.

3. *Kalliphobia*, una cuestión política

Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas.
— Y la encontré amarga. — Y la injurié.
— Arthur Rimbaud (Rimbaud, 1970, p.21)

Los vínculos entre arte y política y estética y belleza manifiestan cómo la des-estetización del arte se conforma fundamentalmente como un ataque a la cualidad estética de lo bello. En *Kalliphobia in Contemporary Art*, Danto habla de la *kalliphobia* como fobia a lo bello en el arte contemporáneo, un repudio al que subyacen asuntos políticos.

La belleza se ve como cómplice del poder. El estigma ideológico hacia lo bello y su rechazo activo responden a la necesidad de politizar el arte. La sociedad que veneraba a la belleza era la misma sociedad que trajo las guerras. Por eso, en un momento simbólico, el dadaísmo se opuso radicalmente a ella: era un modo de oponerse al sistema que la alababa. Esto supuso el total descentramiento de la belleza, ahora el arte no tenía que ser bello para ser bueno:

The immense contribution of Dada to the philosophy of art was to open a conceptual gap between art and beauty, into which other aesthetic qualities might flow, even ugliness, which



made it possible for the German war artists to show the ugliness of war and to use their art as a moral mirror (Danto, 2004, p. 27).

Lo interesante es que aquí se apunta a que huir de la belleza no significa necesariamente huir de la estética. Surgen otros términos como lo inquietante, lo extraño, lo *grunge* o lo *kitsch*, que pueden ser y de hecho son utilizados por el arte político. De manera que, como antes adelantamos, la des-estetización no es tanto una reacción a lo propiamente estético como a lo bello.

Hoy el estigma hacia la belleza perdura, señalada con frecuencia como antipolítica o directamente reaccionaria. El juicio sobre lo bello como desinteresado y ajeno a la moral ha conducido a pensar que lo bello proyecta una actitud acrítica hacia sus espectadores, y, por lo tanto, una actitud pasiva ante la situación política, social y económica actual. La belleza como *kalòs*, que ostentaba un gran peso en el mundo clásico, se rechaza, pues el uso de la belleza en el arte político sería ilegítimo, cómplice del *statu quo* que se busca denunciar. El uso de la belleza en un mundo corrupto es inaceptable: «los embellecedores son, por así decir, colaboracionistas» (Danto, 2005, p. 173). Esto convierte la belleza en un recurso opcional, no necesario para la excelencia, y depende del propósito de la obra de arte que su utilización será vista como más o menos adecuada². Así, Danto relega la belleza a la elegía: ofrece consuelo, pero esa es la actitud de los dolientes, no de los activistas. Las elegías presentan una belleza que nos calma, que nos esperanza, que nos llena ante el dolor de la pérdida y que nos acompaña: «es una forma de respuesta artística ante lo que no es posible soportar, o que sólo cabe soportar» (Danto, 2005, p. 164); y aunque las elegías públicas tienen la capacidad de unir a las personas en su tristeza, frente a la crisis política mundial y al pésimo futuro que nos espera, ¿es este tipo de respuestas las que deberíamos buscar en los espectadores?

3. Rabia, belleza y activismo político

Es curioso cómo la *kalliphobia* en el arte contemporáneo contrasta con la “artificación del mundo”. El culto a la belleza se produce a la vez que el desarrollo de la sociedad de consumo. Las redes sociales nos colocan frente a esta realidad: imágenes pornográficas de copiosos platos de comida en el *feed* de Instagram, filtros y retoques para acercarse al canon de belleza, los diferentes “*aesthetics*” popularizados a través de Tumblr... Pero, a

3 Recomiendo leer acerca del concepto de Danto del arte como “significado encarnado”, aunque un análisis crítico nos lleva a sostener que no puede renunciar a cierta estética. En palabras de Matilde Carrasco, «[...] la dimensión estética no resultaría fortuita ni accesoria sino exigida por el significado de las propias obras, e interpretar cada obra en cuestión es en parte ofrecer una razón de por qué determinadas cualidades estéticas era lo que su significado requería» (Carrasco Barranco, 2017, p. 157).



nuestro parecer, se trata de una belleza superficial y cómplice con un sistema que nos hace desear lo que él mismo impone como bello.

En búsqueda de una belleza más profunda y reflexiva, en los últimos años algunos autores han insistido en que el placer de lo bello es compatible con sensaciones negativas como la pena o la rabia. Pensadoras como Carolyn Korsmeyer sostienen que es un placer más profundo y complejo que el de lo meramente “bonito”, y por esto, «ligada a determinados contenidos dolorosos o desagradables, [...] la belleza no contribuye necesariamente a suavizar el mensaje, sino que actúa como una lente que clarifica nuestra comprensión de los mismos» (Carrasco Barranco, 2017, p. 164). Desde este punto de vista, la belleza y su complejidad pueden coexistir con la indignación. Por ello, a partir de los 90s podemos encontrar distintas voces que reivindican el valor de la belleza para proyectos políticos y éticos. Por ejemplo, Marta Tafalla alude a una belleza en un sentido fuerte (no mera apariencia) para la defensa de la naturaleza en cuanto naturaleza no subyugada a los deseos y necesidades humanas: «[...] contemplar la belleza de los animales puede llevar a muchas personas a convencerse de la necesidad de protegerlos, es decir, que la admiración estética puede conducirles a asumir un compromiso ético con esas especies» (Tafalla, 2013, p. 85). En este sentido, parece que algunos autores retoman la idea platónica de la belleza como *eros* para su defensa: belleza como ese impulso que lleva a desear al objeto no para someterlo, sino comprenderlo y aprender de este, respetando siempre su otredad. Aquí se sitúa la propuesta de Nehamas quien, si bien está inspirado por Platón, no incurre en las connotaciones metafísicas de la belleza ligadas con el bien, lo bueno, lo justo y la verdad. Nos recuerda que lo bello ha sido tradicionalmente vinculado a lo erótico (deseo) y que, por lo tanto, la presunción de Danto de que la belleza no moviliza es quizás excesivamente firme. El propio Danto no niega que en cierto punto de la historia la indignación y el activismo político fuesen ajenos a la belleza; y es que, más bien, quizás sea porque el arte contemporáneo está caracterizado por la *kalliphobia*, que la belleza y el activismo político es una relación aún inexplorada.

Por ejemplo, la comunió entre movilización política y belleza se palpó en la respuesta de la sociedad estadounidense al asesinato de George Floyd a manos de un policía en el año 2020. En las manifestaciones del Black Lives Matter las calles se llenaron de flores, murales y dibujos que, si bien respondían a una elegía pública, también lo hacía a la desaprobación y rechazo del racismo institucionalizado y del abuso policial que existía y existe en el país. El paseo del Palacio de la Justicia de Los Ángeles fue cubierto de flores, instaurándose como un lugar de protesta que utilizó la belleza como arma³. También en

4 Para más información acerca de estas protestas y cómo las vivió la población estadounidense: <https://www.motherjones.com/anti-racism-police-protest/2020/06/los-angeles-vigil-breonna-taylor-george-floyd/>



el arte contemporáneo encontramos ejemplos, desde fotografía, e instalaciones como el *Proyecto Ruanda* (1994-2000) de Alfredo Jaar, hasta nuevos medios como el cine. *The Holy Mountain* (1973), película de Alejandro Jodorowsky, es a nuestro parecer un buen ejemplo de ello. Se trata de una cinta surrealista, causante de una gran controversia en el festival de Cannes, que está atravesada por imágenes místicas, esotéricas y tremadamente bellas, destacando el uso de la teoría del color, la simetría y la cuidada puesta en escena que nunca, ni en momentos terribles, abandona la pantalla. En el segundo acto, Jodorowsky nos presenta a los siete “seres superiores” que emprenderán un viaje hacia La Montaña Sagrada, donde les han prometido alcanzar la inmortalidad y la iluminación. Durante la presentación de cada personaje, la belleza y el desconcierto de lo kitsch arrasan con toda la credibilidad de que lo que estamos viendo es, en efecto, un grupo iluminado, moral y éticamente admirable. Ante todo, nos parece que las imágenes son explícitamente críticas con la guerra, la sexualidad, el capitalismo, el mundo del arte y la religión. Aquí, el uso de la belleza resulta incluso paródico, pues despierta en el espectador rabia y repulsión: que de los cuerpos salgan palomas blancas y confetis de colores en lugar de sangre no suaviza el mensaje, por el contrario, hace ese “efecto lupa” y nos invade la furia y el rechazo ante lo que se nos muestra en la cinta.

5. Conclusión

Visto el vínculo entre arte y política, y más aún entre el *statu quo* y el arte, no sorprende que los artistas del siglo XX se preocupasen por la elaboración de un arte activamente político y crítico con el sistema, preguntándose por la interacción entre las cualidades estéticas y el valor político de la obra. Hemos explorado varias controversias entre las que destacan la des-estetización del arte y el giro conceptual del mismo, así como el vínculo entre belleza, estética y política. Las vanguardias y neo-vanguardias del siglo XX pretendían rechazar la estética como una suerte de *statement* político, sin embargo, concluimos que por un lado esto no fue del todo posible debido a que de hecho sí utilizaron otras cualidades estéticas no relacionadas con el agrado, sino con el asco, el desconcierto, lo inquietante o la rabia; y por otro lado, que en verdad lo que revelaban estos movimientos era un ataque a lo bello que durante muchos siglos se erigió como la cualidad y preocupación central de la estética. El repaso histórico a la categoría estética de belleza nos ha permitido dar cuenta de los motivos por los cuales se produjo este declive, entre los que encontramos que no solo el sistema corrupto y causante de los desastres del XX era el mismo sistema que alababa lo bello, sino que también, y tras pensadores como Kant, lo bello se vinculó directamente con el desinterés y, por lo tanto, con un distanciamiento respecto a lo moral, inadmisible después de los horrores de la guerra y el desarrollo y aplicación de la



capacidad autodestructiva del ser humano. De este modo, la *kalliphobia* propia del arte contemporáneo se comprende como una reacción histórica, política y artística.

Pero en los últimos años se ha producido un retorno hacia lo bello que comprende propuestas muy originales como la estética de la naturaleza o también una recuperación de la idea de belleza platónica, donde el erotismo y el deseo no llevaría a la subyugación del objeto deseado, sino que se produciría una apertura ante él, respetándolo en cuanto Otro. A pesar de todo esto, la belleza, para Danto, quedaría relegada a la elegía y el consuelo debido a su aparente incapacidad de despertar la rabia. Sin embargo, cuestionamos que acaso la actitud elegíaca sea tan fácilmente distinguible de una actitud de protesta. El movimiento Black Lives Matter nacido a raíz del asesinato de George Floyd es un ejemplo paradigmático de elegía pública inevitablemente entremezclada con el activismo político. También, y a pesar de las dificultades, encontramos obras de arte donde vemos este vínculo como en el trabajo de Alfredo Jaar o en el filme *The Holy Mountain* de Jodorowsky.

Finalmente sostenemos que existe un elemento emancipatorio en el arte, y que las cualidades estéticas son inseparables de las obras en cuanto que estas producen en nosotros respuestas afectivas. En este sentido también la belleza puede ser utilizada como protesta, aunque sea todavía un camino sin explorar motivado por los prejuicios que se tienen frente a ella. Pero al igual que Korsmeyer, pensamos que la belleza no es incompatible con el asco o la ira y que, de hecho, en ocasiones puede llegar a funcionar como una lupa, destacando las injusticias y los horrores de la sociedad contemporánea ante los cuales debemos sentirnos llamados a la movilización política.



Bibliografía.

BENJAMIN, W. (2017) *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. La Marca.*

CARRASCO, M. (2017). ¿Es posible el regreso de la belleza? Estética, belleza y política en el arte contemporáneo. *Ágora* 36 (2): 151-173.

DANTO, ARTHUR C. (2005). *El abuso de la belleza.* Paidós.

DANTO, ARTHUR C. (2004). Kalliphobia on Contemporary Art. *Art Journal* 63 (2): 24–35.

DELEUZE, G. (1987) *La imagen-tiempo. Estudios sobre cine 2.* Paidós.

GIOVINE YÁÑEZ, M. ANDREA (2015). Paradojas del arte contemporáneo. *Tópicos del Seminario* 34: 155-171.

KRACAUER, S. (1985). *De Caligari a Hitler: una historia psicológica del cine alemán.* Paidós.

PLATÓN. (2021). *El Banquete.* Gredos.

RICOEUR, P. (1990). *Freud: una interpretación de la cultura.* Siglo XXI.

RIMBAUD, A (1970). *Una temporada en el infierno.* EDICOM.

TAFALLA, M. (2013). La apreciación estética de los animales. Consideraciones estéticas y ética. *Revista de bioética y derecho* 28: 72-90.

Agradecimientos especiales a nuestra suscriptora en KoFi. La rabia se disuelve un fisquito más gracias al apoyo de:

Elena Villamandos González

